

# keltia

aurelio gonzález gonzález



## — PRÓLOGO —

El verano de 2015 me propuse escribir mi segunda novela. Esta vez quería relatar una historia de aventuras ambientada en la Iberia prerromana.

Dediqué varias semanas a buscar documentación para sumergirme en ese momento de la historia de España y localicé un castro en el barrio de Sámano, perteneciente al municipio de Castro Urdiales (Cantabria) que me fascinó: el castro de la Peña de Sámano. Mientras investigaba sobre él, encontré un informe arqueológico que lo describía con detalle. Tras estudiarlo, organicé un viaje para conocer el emplazamiento *in situ*.

El castro está situado en lo alto de una atalaya natural, de difícil acceso y rodeada por numerosos frentes de acantilado. Cuando llegué a la cima, lo recorrí de punta a punta durante horas para empaparme de la magia que allí se respira.

A lo largo de todo el perímetro se aprecian restos de las murallas que cerraban el paso entre acantilados. También se conserva la cueva de Ziguste, una cavidad situada en el centro de la denominada zona de habitación, aunque hoy en día anegada de barro casi por completo. El entorno y las vistas son impresionantes: al norte se puede ver el mar Cantábrico y al sur valles frondosos.

En las inmediaciones de la entrada de la cueva se han encontrado diversos objetos metálicos y cerámicos fechados entre los años 300 a. C. y 150 a. C. Dentro se localizaron restos humanos, motivo por el que se supone que era bastante frecuentada en aquella época y que, quizá, se utilizaba para realizar ritos funerarios.

No es mucho lo que se conoce de la Iberia prerromana, pues sus gentes apenas conocían la escritura y lo poco que se ha encontrado está aún por descifrar. Por otro lado, los restos arqueológicos son escasos y se prestan a diversas interpretaciones.

Una propuesta de los estudiosos es la de identificar el castro de la Peña de Sámano como el *Oppidum (S)Amanorum* citado por Plinio (*Naturalis Historia IV,1,10*), que aporta el gentilicio de los *(S)amani*,

pueblo que perteneció al clan de los autrigones, cuya zona de influencia estaba situada entre los ríos Nervión y Asón y el norte de la provincia de Burgos.

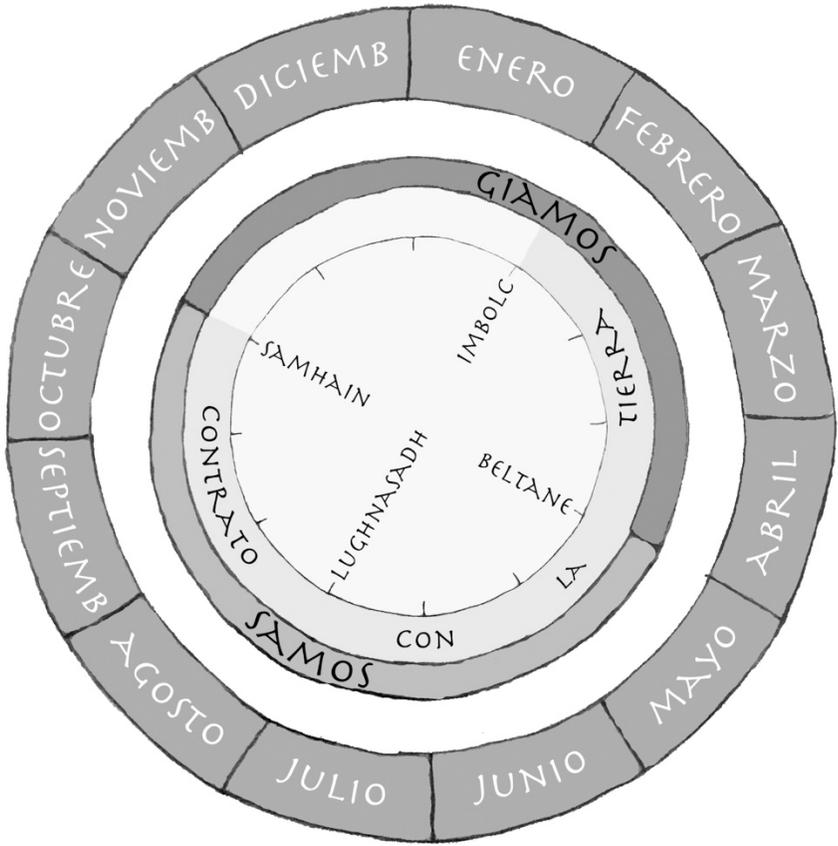
Según historiadores griegos y romanos, los autrigones contaban con diez ciudades o aldeas entre las que se encontraban Flavio-briga (*Portus Amanum*, hoy Castro Urdiales), Vindeleia (sin localizar, aunque se supone su ubicación aproximada) y Uxama Barca (la actual Osma). También se ha podido saber que los autrigones eran atacados por los pueblos cántabros con relativa frecuencia y que no dudaban en unir fuerzas entre aldeas a la hora de hacer frente a un enemigo común.

A la par que indagaba en la historia de este pueblo, imaginé cómo podrían haber sido su modo de vida, sus relaciones sociales, su cultura, tradiciones y creencias. El resultado es *Keltia*, una novela de aventuras en la que trato de sumergir al lector en el misterioso y apasionante mundo de la cultura castreña peninsular.

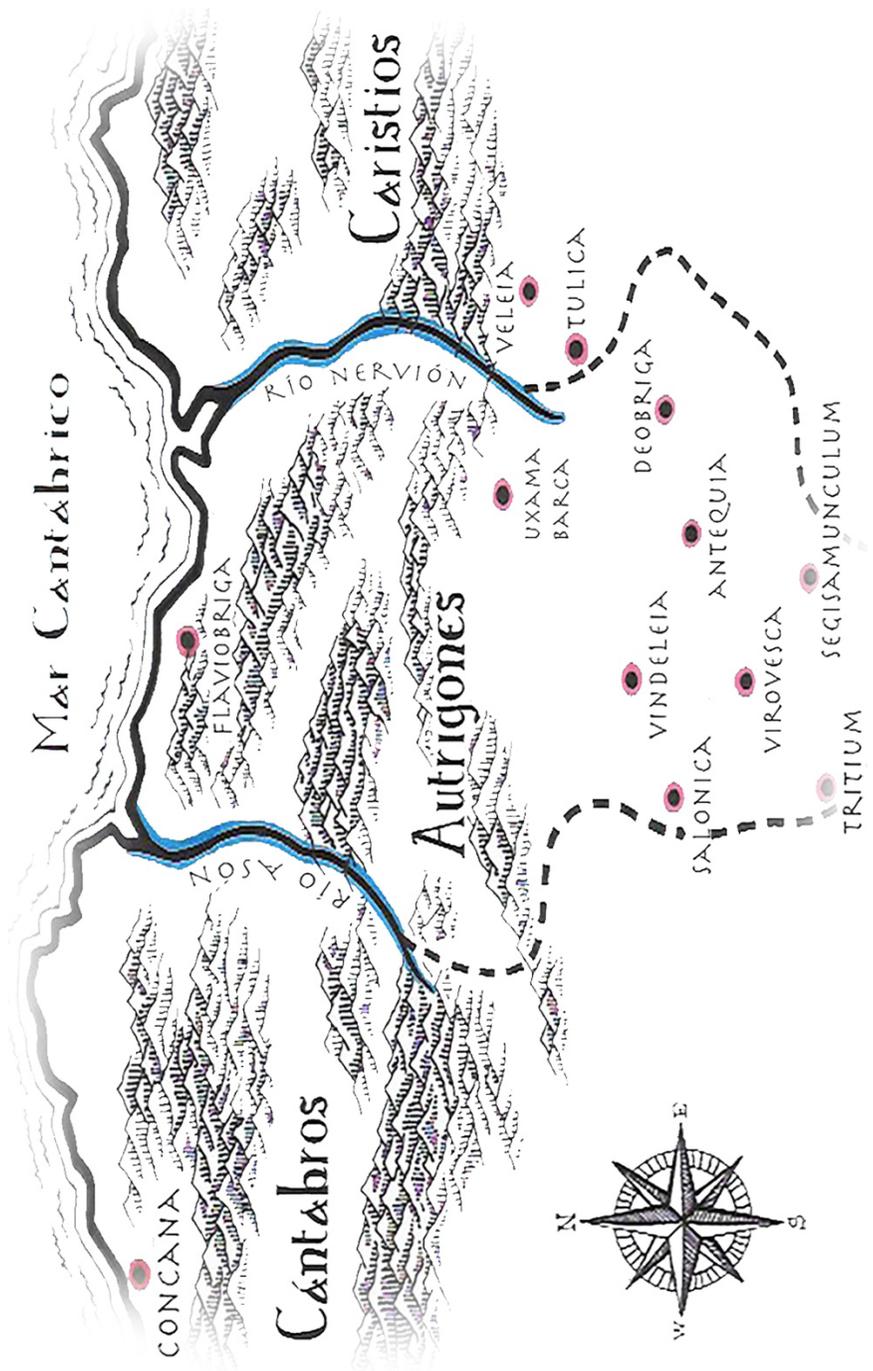
Las referencias temporales de la novela se rigen por el calendario celta y sus fiestas más importantes. La distribución y organización del interior del castro de la Peña de Sámano, los usos de las diferentes zonas en las que está dividido de forma natural, así como las descripciones e ilustraciones, están basados en el estudio arqueológico realizado los años 1996, 1998 y 1999 por Ramón Bohigas, Miguel Unzueta, Juan Tomás Molinero y Fernando Fernández, *EL CASTRO DE LA PEÑA DE SÁMANO: OPPIDUM (S)AMANORUM*.

Al final de la novela el lector podrá encontrar un reportaje fotográfico y un listado con todos los personajes más una breve descripción de cada uno de ellos como apoyo a la lectura.

Aurelio González.







Mar Cantábrico

CONCANA

RIO YSOZ

FLAVIOBRIGA

Cantabros

Autrigones

Caristios

RIO NERVION

UXAMA  
BARCA

VELEIA

TULICA

VINDELEIA

DEOBRIGA

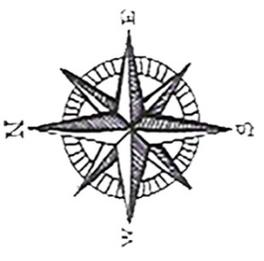
SALONICA

ANTEQUIA

VIROVESCA

SEGISAMUNCULUM

TRITIUM





FLAVIOBRIGA 249 a. C.



1. Acceso norte
2. Acceso sur
3. Portillo alto
4. Portillo bajo
5. Sendero sur
6. Muralla sureste
7. Paso oriental
8. Sendero norte
9. Cobertizo
10. Centro religioso
11. Cueva
12. Piedra de sacrificios
13. Recinto interior
14. Muralla norte
15. Campos de cultivo
16. Campo interior de cultivo
17. Recintos exteriores

*Marquis*



**keltia**



## una ofrenda

**perth** apareció desnudo entre la multitud apresado por cuatro de los guerreros de Melvin. Entre gritos y forcejeos lo ataron por los tobillos, lo colocaron de pie sobre la piedra de sacrificios y lo inmovilizaron sujetándolo por los brazos.

Quinn agarró un cuchillo de la mesa aún impregnado con la grasa de los asados y se acercó a él. Perth, aterrorizado, lo miró sin decir palabra con los ojos llenos de lágrimas. El sumo sacerdote tentó con la punta del cuchillo un espacio entre las costillas y volvió la vista hacia la estela de piedra del centro religioso. Con voz pausada y firme, dijo:

—Lugh, recibe este sacrificio que los amanos te ofrecemos. Con él te mostramos gratitud por tus favores.

Perth rompió a llorar. Quinn le hundió el cuchillo en el corazón con un golpe certero.

Aún sujeto por los cuatro hombres del gran jefe, el elegido comenzó a desangrarse a borbotones. Sus miembros se convulsionaron con violencia y poco después se arrodilló para morir. Solo entonces los guerreros lo soltaron, y el cuerpo se desplomó en el suelo. Quinn se agachó para observar la sangre que había quedado esparcida sobre la piedra de sacrificios; preocupado y pensativo indicó con un gesto a Melvin y a Sayer que se acercasen.

—Venid a mi choza al amanecer. Los dos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sayer con gran inquietud.

—Aún no lo sé —dijo el druida. Se cubrió la cabeza con la capucha de la túnica blanca y caminó hacia su choza—. Necesito meditar.

—De acuerdo. Allí estaremos —dijo Melvin.



**primera parte**  
—249 a. C. - 237 a. C.—



## una aldea escondida

**FLAVIOBRIGA**, un poblado fortificado en lo alto de una peña, era el hogar de los amanos. El lugar, elegido estratégicamente, estaba rodeado de frentes de acantilado y escabrosas laderas que lo hacían poco accesible y fácilmente defendible.

Generaciones atrás, los primeros habitantes habían construido un extenso recinto amurallado para delimitarla y protegerla. Dos puertas, una situada al norte y otra al sur, restringían el acceso y aseguraban la defensa. La primera, y principal, era la utilizada para identificar a los visitantes forasteros, miraba hacia la extensa y fértil llanura y no distaba más de una legua de la costa. La segunda, que abría el camino hacia el valle por un escarpado sendero, quedaba reservada para los miembros de la tribu y el ganado.

Junto a la puerta norte había dos dolinas y un campo de piedras puntiagudas que parecían haber sido clavadas por los dioses. La disposición era tal, que cualquiera que entrase por ella se encontraría encauzado por los dos enormes agujeros a izquierda y a derecha, y se vería conducido hasta el poblado a través del pedregoso camino. El acceso sur, más pequeño y resguardado, desembocaba directamente en el centro de la aldea. Para acceder a él había que atravesar antes los dos portillos que delimitaban los corrales exteriores de ovejas y cabras.

En el interior la distribución era tan sencilla como eficaz. Todas las chozas estaban situadas en torno al eje que unía las dos entradas; al oeste, las de los aldeanos, al este, y alrededor del centro religioso, las de los guerreros y druidas. El resto oriental de la fortificación, aproximadamente dos tercios de la superficie total, quedaba dividido en dos: un pequeño campo para cultivo de cereales y un extenso recinto destinado al resguardo y pasto de caballos, cerdos y bueyes. El diseño tenía el objetivo de forzar a cualquier intruso a atravesar el poblado antes de poder llegar a sus animales.

Durante muchos años, quizá tantos como los que podía recordar el más anciano de la tribu, los amanos habían vivido tiempos de paz, abundancia de pastos y buenas cosechas propiciados por los dioses. Sin embargo, recientes presagios del gran druida parecían indicar que se acercaban tiempos distintos.

## capítulo 1

—víspera de lughnasadh, 249 a. c.—

en las vísperas de las cuatro grandes fiestas (Imbolc, Beltane, Lughnasadh y Samhain), Quinn acostumbraba a meditar durante la mañana en el interior de la cueva del poblado. Allí, sobre los restos de sus antecesores, y alejado del bullicio de la aldea, rogaba a los dioses en favor de la tribu. Y durante todos esos años los dioses habían sido generosos. Pero algo estaba cambiando.

Meses atrás, en la víspera de la última festividad de Imbolc, el druida había presagiado que se acercaban años difíciles y que Lugh, el gran dios, estaría al lado de los amanos. También había augurado entonces que su propia familia debería pagar un alto precio por la protección del dios entre los dioses; esa misma tarde, Neil, el marido de su hermana Evelyn, resbaló mientras arreglaba el techo de su choza y murió a consecuencia del golpe contra el suelo. Aquel día, la pequeña familia del druida quedó reducida a dos individuos: él y Evelyn. Días más tarde, se enteraría del embarazo de su hermana; esta traería al mundo a una criatura que nacería en mitad de samos, ya huérfana de padre.

Ahora, medio año después, Lugh acababa de revelarle la naturaleza de su protección...

### 1

«Lugh está con nosotros; ha escuchado mis oraciones...».

Quinn despertó del trance repitiendo esas palabras insistentemente. Estaba sentado en el suelo de la cueva, con los ojos en blanco y cruzado de piernas frente a su cuenco sagrado de roble. En él había bebido el brebaje para conectar con los dioses: una

pócima a base de setas rojas hervidas con avellanas machacadas que le proporcionaba la capacidad de augurio.

Sus ojos volvieron lentamente a la normalidad. Todo estaba oscuro salvo la entrada de la cueva, por donde se colaba la luz del sol con la suficiente intensidad como para serle molesta. Agachó la mirada y se atusó la poblada barba pelirroja.

—Debo reunir al Consejo de inmediato —murmuró poniéndose en pie ayudado de su vara de avellano.

En el exterior, la mañana era radiante. El poblado respiraba aire de fiesta y todas las chozas lucían ramilletes de muérdago en la entrada para espantar cualquier mal que pudiera estropear la celebración. Quinn, sin fijarse apenas en nada, caminó presuroso bajo el sol protegido por la capucha de su túnica blanca; iba en busca de Arlen y Yilda, los otros dos miembros del Consejo Druida.

Como imaginó, ambos se encontraban meditando junto al fuego de sus respectivos hogares. Les citó en el templo sagrado del bosque al anochecer y se dirigió hacia la choza de su hermana.

Frente al hogar de Evelyn, algo le hizo detenerse. Sobre la techumbre de paja y madera, en el punto más alto, estaba posado un halcón que parecía escudriñar el poblado. Dio un paso atrás para observarlo mejor y la rapaz echó a volar espantada por su presencia. Quinn se quedó mirando atentamente la cadencia de su grácil aleteo. «No estoy equivocado. Se acerca el momento».

Al entrar en la choza se encontró con la mirada de su hermana, que cocinaba un estofado de conejo para la cena agachada junto al fuego. Evelyn se puso en pie alterada por la irrupción del druida. Quinn le habló desde la distancia:

—Prepárate. Tu hija vendrá esta noche.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Prepárate.

—¿Cómo sabes que es una niña?

—Lo sé. Confía en mí.

Apremiado por las circunstancias sobrevenidas, el druida regresó a su hogar, una humilde choza situada en el extremo opuesto del poblado, junto al centro religioso. Allí pasaría aislado el resto del día.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas cuando Quinn salió de su choza. Con paso ágil atravesó el poblado y tomó el sendero de la puerta sur que conducía al valle. Allí, en la espesura del bosque, junto al arroyo, se encontraba el claro del templo sagrado, una explanada circular delimitada por piedras, con un altar rectangular en el centro, también de piedra, y dos pequeños dólmenes, uno situado al este y otro al oeste.

Arlen y Yilda habían adornado el altar con flores de verbena. Vestidos con túnicas azules, esperaban sentados sobre dos troncos de roble la llegada del gran druida. Al verle, los dos discípulos se pusieron en pie. Quinn les hizo un gesto con ambas manos.

—Sentaos —dijo en voz baja. Ambos obedecieron—. He convocado al Consejo Druida para informar de una profecía.

—Te escuchamos —respondieron los dos al unísono.

—Esta noche nuestra tribu recibirá el favor de Lugh.

—¿Te ha sido revelada su naturaleza? —preguntó Yilda.

—Sí. Su hija nacerá del vientre de Evelyn.

—¿Su hija? —Arlen se mostró sorprendido—. De ser así, la muerte de Neil fue un precio muy bajo; la vida de uno de los nuestros no es comparable con tamaña protección.

—Dices bien —aseguró el druida—. Además, debemos tener presente que aquel sacrificio no fue un regalo ofrecido por la tribu; Lugh se llevó a Neil por algún motivo que aún desconozco.

—¿Estás seguro, maestro? —Yilda arqueó las cejas incrédula—. Lo que acabas de exponer es un hecho sin precedentes.

—Lo estoy —afirmó Quinn con rotundidad—. Y sin duda se trata del mayor acontecimiento que haya vivido la tribu. Por la mañana realizaremos un sacrificio.

—Dos vidas... —susurró Arlen—. Una la ha tomado él, otra la entregaremos nosotros. ¿Será suficiente?

—Responder a esa pregunta le corresponde a Lugh, no a mí —contestó Quinn—. Sea cual sea la respuesta, me lo hará saber. —Hizo una pausa, levantó la vista hacia el cielo y alzó los brazos en señal de gratitud—. Le entregaremos cuantas vidas reclame.

Bajo la noche estrellada, los tres druidas celebraron la revelación y planificaron la acogida del nuevo miembro de la tribu. Decidieron que Quinn, como sumo sacerdote, asistiría el nacimiento junto a una de las parteras y en presencia de Melvin, el jefe de los guerreros. Arlen y Yilda, por su parte, prepararían mantas limpias y hervirían agua con bayas de muérdago y hojas de frambuesa, una infusión purificadora cuyos vapores aliviarían los dolores de la parturienta. Después, los dos aspirantes regresarían a sus chozas para meditar el resto de la noche como muestra de gratitud.

Quinn tomó las manos de sus discípulos. Juntos dieron vueltas alrededor del altar formando un círculo con el que sellaban su compromiso de acompañar a la pequeña. El viento comenzó a soplar con fuerza y las copas de los árboles se mecieron creando un momento mágico que el gran druida supo interpretar. Apretó las manos de Arlen y Yilda firmemente y los tres cerraron los ojos.

Quinn comenzó a recitar:

—Cuidaremos de ella hasta que esté preparada.

—Cuidaremos de ella hasta que esté preparada —repetieron los discípulos.

—El Consejo Druida velará por su espíritu hasta que llegue el momento.

—El Consejo Druida velará por su espíritu hasta que llegue el momento —volvieron a repetir.

Finalizada la ceremonia, Quinn envió de vuelta al poblado a Arlen y Yilda. Bordeó el arroyo antes de regresar y cortó una rama de roble con la que alimentaría el fuego de su hogar esa noche.

2

Las hogueras estaban ya encendidas en lo alto de las dos colinas del poblado. Esa noche, la tribu se disponía a celebrar el comienzo de una de sus fiestas más importantes, Lughnasadh, un día de gracias a los dioses por la cosecha que comenzaría a partir de entonces.

Todos se arremolinaban alrededor del banquete preparado frente al centro religioso cuando Quinn salió de su choza listo para el gran acontecimiento. El druida oteó la muchedumbre en busca de Melvin, pero no lo vio por ninguna parte.

—Ya debe estar en el hogar de Evelyn —se dijo. Cerró la puerta y caminó contemplando la luna nueva sobre el horizonte.

En la choza de su hermana también estaba todo listo. Arlen y Yilda avivaban el fuego para que el agua purificada de la marmita no parase de hervir. Evelyn, con contracciones cada vez más fuertes y seguidas, estaba desnuda, sentada sobre su cama de paja y acompañada por Morgana, la partera con mayor experiencia de la tribu.

Quinn se descubrió la cabeza al entrar, fue directamente al encuentro de su hermana y se arrodilló a su lado.

—¿Cómo estás?

—Muy cansada —suspiró ella. Quinn levantó la vista y miró a la partera.

—Es primeriza —dijo Morgana—. El primero siempre es el más difícil.

—Tranquila. —Quinn le besó la frente y extrajo del interior de su túnica un saquito de piel de cordero.

—¿Qué es? —preguntó Evelyn.

—Solo un poco de ceniza de mi hogar.

El druida introdujo el pulgar en el saquito. Con el dedo manchado de negro le dibujó un semicírculo alrededor del ombligo como símbolo de la fase lunar en que se encontraban.

—¿Me protegerá? —preguntó de nuevo Evelyn.

—Ayudará a que todo vaya como ha de ir —respondió Quinn. Giró la cabeza y se dirigió a sus discípulos—. Si habéis terminado, podéis marcharos.

Arlen y Yilda retiraron la marmita del fuego, lo avivaron con un poco más de leña y abandonaron la choza en silencio. Quinn se puso en pie y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Melvin? —preguntó a la partera.

—No vendrá. Su esposa también está de parto.

—Dos nacimientos en la misma noche...

—¿Tiene eso algo de particular? —inquirió Morgana.

—Es la primera vez que ocurre, al menos que yo recuerde.

De pronto, Evelyn sufrió una contracción que le hizo encogerse de dolor. Morgana tomó su mano para transmitirle fuerzas.

—Ya pasó, pequeña. Ya queda una menos —le dijo cariñosamente.

—¿Una de cuántas?

—De todas las que necesitas, querida. Concéntrate en respirar con pequeñas bocanadas y más aprisa.

Cuando Morgana terminó de pronunciar la frase, el fluido denso y transparente que precedía al parto comenzó a brotar de entre las piernas de Evelyn, desbordó la cama y dejó un charco sobre la tierra apisonada del suelo.

—Estamos cerca —dijo la partera dirigiéndose a Quinn—. Lavémonos para recibir a la criatura.

Hacia rato que el agua de la marmita había dejado de hervir cuando introdujeron las manos en ella. Aún estaba muy caliente, pero se encontraban tan concentrados que ninguno de los dos protestó. Se asearon a conciencia. Morgana se acercó a Evelyn, que respiraba aceleradamente, y la aseó también con una manta húmeda.

—Ya queda poco, pequeña —le susurró—. Ponte en pie.

Evelyn bajó de la cama con ayuda de la partera. Abrazadas por la cintura, caminaron hacia el fuego. Quinn, expectante, permaneció inmóvil observándolas.

—¿Dónde quieres parir a tu criatura? —preguntó Morgana.

—Decídelo tú —jadeó Evelyn—. Me cuesta trabajo pensar.

—No puedo hacer eso por ti. Solo una madre puede elegir en qué lugar vendrá su bebé al mundo. No pienses. Escucha a tu instinto.

Evelyn caminó hacia la entrada en busca de aire fresco. Quinn, muy atento a cada movimiento, fue tras ella y abrió la puerta para que pudiese salir.

—Será aquí, bajo las estrellas —dijo Evelyn.

Una nueva contracción hizo que le flaquearan las piernas. Morgana la sujetó por la cintura y miró al druida.

—Extiende una manta en el suelo. Ha llegado el momento.

Entre los dos ayudaron a Evelyn a sentarse en medio del corral que precedía a la choza. Morgana puso las manos sobre su vientre y lo acarició.

—Tranquila, todo saldrá bien —le dijo. Le dio un beso en la mejilla y se dirigió de nuevo a Quinn—. Acompáñame, traeremos la marmita aquí.

Durante largo rato las contracciones no dejaron de intensificarse. Sin embargo, por más que Evelyn empujaba, el parto no avanzaba. Morgana se puso de rodillas y auscultó con la oreja el voluminoso vientre hasta encontrar el corazón del bebé.

—¿Qué ocurre? —preguntó el druida.

—Algo no va bien. Los latidos son lentos.

La partera se lavó las manos de nuevo e introdujo una de ellas entre las piernas de Evelyn, a través del canal del parto, hasta que palpó la cabeza del bebé.

—Está atascado —murmuró.

Quinn se apoyó de forma instintiva sobre la barriga de su hermana para ayudarla a empujar.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó la partera apartándole el brazo con brusquedad—. Es peligroso para el bebé. La fuerza de su

madre es quien ha de traerlo al mundo. —Volvió la vista hacia Evelyn y la habló con seriedad y dulzura—. Lo siento. Esto te va a doler.

Con sumo cuidado, Morgana introdujo dos dedos entre la cabeza de la criatura y el repliegue de tejido que se había formado alrededor del agujero de salida y que le impedía atravesarlo. Recorrió todo el perímetro del reborde y lo remitió hacia adentro para aliviar la presión. Evelyn gritó de dolor, contrajo los músculos y la pequeña cabecita asomó entre sus piernas.

—Quieta. No empujes más —dijo la partera conteniendo al bebé con la mano para que no terminase de salir—. Podrías desgarrarte en exceso.

—¿Y qué hago? —gimió.

—Intenta relajar las piernas.

—De acuerdo...

—Bien. Vamos allá.

Evelyn empujó una vez más y la criatura se deslizó hasta el exterior con suavidad. Morgana la levantó cuidadosamente, anudó el cordón y lo cortó con una daga.

—Aquí tienes a tu hija —dijo al tiempo que se la ponía sobre el pecho.

La pequeña lloró un instante y se enganchó al pezón de su madre para calmarse. Quinn sonrió al escuchar el llanto.

—No me equivocaba, es una niña. —Bajó la mirada y observó con preocupación el vientre de su hermana; la luna nueva que había dibujado alrededor del ombligo acababa de difuminarse arrastrada por una ráfaga de viento.

—¿Habéis pensado el nombre? —preguntó Morgana.

—Se llamará Gwendal —dijo el druida.

—Bienvenida a tu tribu, pequeña Gwendal. —La partera acarició la espalda de la pequeña.

Sin previo aviso, Evelyn expulsó la placenta con una contracción rápida, pero ya menos intensa. Morgana se agachó para

analizar el estado de la víscera y se fijó en el charco de sangre que comenzaba a formarse bajo sus muslos.

—Tenemos un problema.

—¿Qué ocurre? —preguntó Quinn frunciendo el ceño.

—Hay una herida en su interior. No para de sangrar.

—Me estoy mareando... —suspiró Evelyn casi sin aliento.

—¡Detenla! —lloriqueó el druida—. ¡Está perdiendo la consciencia!

—Lo siento. No hay nada que yo pueda hacer.

Evelyn murió desangrada tras el parto; quedó tendida en la entrada de su choza con los ojos abiertos, como si estuviese observando las estrellas.

Quinn se secó las lágrimas con la manga de la túnica. Arrastró la mano por la cara de su hermana y le bajó los párpados. Con mucho cuidado, tembloroso, envolvió a Gwendal en una manta, la tomó en sus brazos y la apartó para siempre de su madre. Miró a la pequeña, ya dormida en su regazo, y comprendió que el precio a pagar por ella habían sido las vidas de sus padres terrenales.



## capítulo 2

—lughnasadh y días posteriores, 249 a. c.—

el poblado había amanecido con gran revuelo aquella mañana de samos. La muerte de Evelyn, que sucedió a los nacimientos de Gwendal y del primogénito del jefe de los guerreros, había enrarecido la celebración del gran día en el que recibirían la visita de familiares pertenecientes a otras tribus del clan de los austrigones, organizarían carreras de caballos por el valle, celebrarían bodas y beberían cerveza de trigo y vino durante toda la tarde.

Para los amanos, acoger en su seno a un nuevo miembro era algo muy especial. Y aunque ese día fueron dos las criaturas llegadas al mundo, el ritual de bienvenida quedaría tristemente oscurecido por el funeral.

### 3

Tras el parto, Quinn había llevado a Gwendal a la choza de Eileen, la mujer de Sayer, el carpintero y jefe de los aldeanos. Esta, madre reciente de otra niña, la amamantaría en sus primeras horas de vida mientras que su marido se encargaría de preparar la pira funeraria junto al templo sagrado.

Con ayuda de Morgana, el druida depositó el cuerpo desnudo de Evelyn en el centro religioso, junto al fuego del hogar, y colocó unas ramas de frambuesa en su vientre. Luego fue en busca de Arlen y Yilda para pedirles que vaciasen su choza, la limpiasen a conciencia y recogiesen las pertenencias de su hermana. Finalmente, Quinn regresó al centro religioso, donde pasaría el resto de la mañana sentado junto al cadáver rogando en silencio a los dioses para que su espíritu viajase sin contratiempos hacia el mundo de los muertos.

Poco antes del mediodía, la tribu al completo se reunió bulliosa frente al centro religioso para officiar el funeral. Quinn caminó cabizbajo hasta la puerta y observó sus caras de desaliento. El bullicio creciente amainó cuando lo vieron aparecer; todos escucharon con atención.

—Como sabéis, en la víspera de la última festividad de Imbolc predije la llegada de tiempos difíciles y que mi familia tendría que pagar un alto precio por la protección de Lugh. Esa misma tarde, Neil sufrió aquel desgraciado accidente que le costó la vida.

Quinn hizo una pausa y avanzó un par de pasos para acercarse más a la tribu. Dio media vuelta, señaló la estela de piedra que presidía el centro religioso e invocó su magia.

—Esta noche, Evelyn ha muerto después de dar a luz; también ha entregado su vida como precio por la pequeña. —Hizo una nueva pausa y los miró uno por uno—. Desde este momento, debemos gratitud a los dioses, por lo que todos y cada uno de nosotros estamos obligados a cuidar de ella. Además, nadie podrá ocupar la choza de Evelyn, que quedará vacía hasta que la pequeña pueda decidir qué hace con ella.

El murmullo volvió a surgir entre los miembros de la tribu. La sensación generalizada era de estupefacción ante las palabras del sumo sacerdote.

—Melvin y Sayer portarán a la difunta hasta el templo sagrado acompañados de Arlen y Yilda. Yo mismo llevaré el fuego que encenderá la pira funeraria.

Quinn dio media vuelta y fue en busca de la urna de barro donde llevaría las brasas. Recogió un puñado en el hogar del centro religioso con una pequeña pala de madera y las introdujo en su interior. Cuando se irguió con ella en la mano, los cuatro designados para el funeral portaban ya el cuerpo de la difunta en una camilla de madera.

—Comencemos —les dijo.

El sumo sacerdote se cubrió la cabeza con la capucha en señal de duelo y salió en primer lugar. Seguido de la comitiva que

transportaba los restos de su hermana, cruzó el centro del poblado y abandonó la aldea por la puerta sur en dirección al valle. El resto de la tribu les acompañó en silencio.

Junto al templo sagrado, sobre un grueso lecho de paja, se alzaba la pira funeraria. Sayer, Melvin, Arlen y Yilda depositaron cuidadosamente el cuerpo de Evelyn en la parte superior y permanecieron junto a él, uno en cada esquina. Una vez que todos estuvieron presentes, Quinn les indicó que se retirasen. Volcó la urna sobre la paja y las llamas comenzaron a propagarse. Dio un par de pasos atrás y recogió a Gwendal de los brazos de Eileen.

—Ven conmigo, pequeña. Despidamos a tu madre.

Con los ojos llenos de lágrimas, el druida contempló cómo el humo ascendía hasta perderse en el cielo azul llevándose consigo el espíritu de su hermana.

—Ve —le dijo—. Camina hacia el otro mundo y encuentra la paz.

En brazos de su tío, envuelta en su manta de lana, Gwendal descansaba ajena a cuanto ocurría a su alrededor. Quinn agachó la mirada y la besó en la frente. Sintió alegría y amargura al mismo tiempo.

—Yo cuidaré de ti —le susurró con dulzura.

Una lágrima le resbaló por el pómulo y cayó sobre el rostro de la pequeña que, sobresaltada, abrió los ojos y le respondió con un gorgorito.

Consumida la pira, Arlen y Yilda extendieron un tablón de madera sobre las brasas para que Quinn pudiera acceder al centro. Eileen tomó a Gwendal de nuevo en sus brazos. El druida se quitó la capucha en señal de respeto, caminó sobre el tablón y relleno la urna con los restos de su hermana.

Al finalizar el funeral, Quinn recorrió en solitario el sendero que conducía a los túmulos del valle. Allí, al pie de una ladera, enterró las cenizas de Evelyn junto con sus collares, fíbulas y

adornos. Sus restos permanecerían para siempre al lado de su amado Neil.

#### 4

Cuando Quinn regresó al poblado, todos estaban ya preparados para el banquete. La tribu, que necesitaba mantener el ánimo, se había distribuido alrededor de la enorme mesa de madera colocada entre la cueva y la piedra de sacrificios.

El gran druida les observó desde la entrada sur, pero antes de acompañarles debía hacer una cosa más. Giró a la izquierda y caminó hacia la choza de su hermana. Una vez allí, colgó en la puerta las ramas de frambuesa que habían reposado sobre su vientre durante toda la mañana; eso evitaría que su espíritu volviese a ocuparla. Después regresó para unirse a los suyos.

En la mesa del banquete había comida y bebida en abundancia: cuencos de barro con asados de jabalí y cordero, cerveza de trigo y miel y pan de centeno. Melvin había abierto un barril de vino reservado para la ocasión. Quinn tomó asiento en el centro, entre Arlen y Yilda, y todos comenzaron a llenar sus platos y copas para dar comienzo al festín.

Como era tradición en las celebraciones importantes, cada miembro de la tribu bebía en un recipiente acorde con su posición social. Los aldeanos lo hacían en jarras de barro cocido como muestra de humildad; los druidas en cuencos sagrados de roble, como sacerdotes y sabios; y los guerreros, con sus estilizados bigotes y barbas, bebían en las calaveras de los enemigos a quienes sus antepasados habían dado muerte en el campo de batalla, todo un símbolo de superioridad sobre el vencido. La forma de comer era común, todos lo hacían con las manos; los únicos cubiertos que utilizaban eran los cuchillos con los que cortaban los pedazos de asado.

Durante largo rato llenaron las barrigas, saciaron la sed y charlaron distendidos mientras Allen, el bardo, les acompañaba con el sonido de su arpa; siempre conseguía fascinarles con poemas y

leyendas de antiguos héroes, sobre todo a los más jóvenes. Finalizado el banquete, Quinn se levantó para tomar la palabra. Con un gesto sutil indicó a Allen que terminase y todos guardaron silencio.

—Ha llegado el momento de acoger a los dos pequeños — anunció.

Eileen se acercó a él y le entregó a su sobrina. Melvin, el padre de la otra criatura, tomó a su bebé en brazos y se colocó al lado del gran druida. Juntos los levantaron para presentarlos formalmente.

—Ella es Gwendal de los amanos, hija de Neil y Evelyn —expuso Quinn dirigiéndose a todos—. Pequeña Gwendal, esta es tu tribu —le dijo a la niña—. Te querrán y protegerán como a una hermana.

—Él es Brian de los amanos, hijo de Melvin y Alanna —dijo el gran jefe—. Pequeño Brian, esta es tu tribu. Te querrán y protegerán como a un hermano.

—Hoy —continuó Quinn— recibimos a dos nuevos miembros. Los dioses han querido que nazcan en la misma noche, por lo que sus vidas han quedado unidas. —Observó a todos, que permanecían atentos a su discurso—. He decidido que sea Eileen quien amamante a Gwendal. Vivirá con ella hasta que se destete. —El druida se mantuvo en silencio un instante. Nadie dijo nada en señal de conformidad—. Los dioses la han dejado huérfana mostrando así su voluntad de que sea yo mismo quien la acompañe e instruya a lo largo de su vida. Cuando llegue ese momento vendrá a vivir conmigo. Si alguien tiene algo que objetar, ha de hacerlo ahora.

Yilda dio un paso al frente y rompió el silencio.

—¿Por qué has de ser tú y no Allen?

—¿Qué problema ves en ello? —respondió Quinn arqueando las cejas sorprendido.

—Creo que debería hacerlo él, como con los demás. El sumo sacerdote debe dedicar su tiempo al sacerdocio y a sus pupilos aspirantes.

—Es decisión de los dioses, no mía —rebató Quinn tajante—. Vosotros ya estáis muy avanzados, sobre todo tú, y así lo demuestran vuestras túnicas azules. Gwendal no es una niña más; debe recibir el legado druida de nuestros antepasados.

Yilda retrocedió a regañadientes. Sayer se adelantó y tomó la palabra.

—No tengo inconveniente en que Gwendal viva con nosotros mientras sea amamantada por Eileen, si a mi esposa le parece bien.

Eileen se colocó a su lado y habló también.

—Será un honor acogerla en nuestro hogar —dijo orgullosa.

—Cúmplase entonces —sentenció Quinn—. Traed a Perth.

Los amanos, al igual que el resto de sus pueblos hermanos, realizaban sacrificios humanos a los dioses en las ocasiones importantes. Para ello había un orden establecido a la hora de elegir al sujeto: en primer lugar, los esclavos, después, los repudiados y, en última instancia, los miembros de la tribu. Los esclavos se obtenían en las batallas; todo hombre o mujer apresado tras la victoria, siempre que no hubiera dado muerte a ningún miembro de la tribu, se convertía en sirviente del guerrero que lo había capturado para el resto de su vida; pero si este había conseguido abatir a uno solo de los suyos, era decapitado y su cabeza aplastada o utilizada como recipiente para que su espíritu jamás descansase en paz. Los repudiados eran miembros de la tribu que habían faltado gravemente a su palabra, a su honor o roto un pacto de sangre; una vez juzgado y sentenciado por el Consejo de la Tribu, el individuo perdía todos sus derechos y ya nadie lo reconocería como hermano e igual; se le permitiría vivir en el poblado, pero todos lo ignorarían y no podría participar en ninguna actividad: los repudiados terminaban sus días vagando entre los suyos, alienados y alimentados por la caridad en los comederos de los cerdos. Debido a los muchos años de paz los amanos no poseían esclavos, por tanto, Perth, uno de los repudiados que vagabundeaban por la aldea, fue señalado para dar satisfacción a los dioses. Su falta, aunque grave, tan solo había sido salvar su propia vida. Dos años atrás, Perth caminaba

junto al acantilado suroeste acompañado de Aldair, su hermano de leche y con quien había hecho un pacto de sangre. Se disponían a bajar las ovejas al valle cuando Aldair resbaló y cayó al vacío; consiguió agarrarse a la rama de un árbol que crecía en el abrigo de unas rocas y pedir ayuda. Perth podría haber bajado escalando y ayudarlo, pero el miedo a despeñarse lo paralizó y se quedó mirando mientras la rama se partía. En el juicio celebrado al día siguiente, el Consejo de la Tribu, constituido por los tres druidas y los dos jefes, decidió unánimemente repudiarlo por omitir el socorro.

Aquel día, Perth fue sacrificado para dar satisfacción a los dioses y tranquilidad a la tribu. Los amanos, ajenos a los presagios del druida, retomaron la celebración rellenando cuencos y calaveras mientras este regresaba a su choza bajo la atenta mirada de Melvin y Sayer.

## 5

Quinn pasó toda la noche sentado junto al fuego de su hogar. Allí, con la vara de avellano sobre las piernas, revivió intensamente la muerte de Perth una y otra vez; las terribles convulsiones que había sufrido unidas a la gran cantidad de sangre derramada sobre la piedra de sacrificios eran muy mal augurio.

Como responsable último de la tribu, el gran druida debía proteger a su pueblo, y durante horas meditó cómo hacerlo. Cuando las primeras luces del alba asomaron por la ventana, pidió fuerzas a Lugh con las que enfrentar el duro trabajo que les esperaba en adelante.

En ese momento llegaron Melvin y Sayer. Quinn les invitó a tomar asiento a su lado, en el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sayer con gesto de preocupación.

—Anoche vi con claridad los tiempos que se acercan: luchas entre clanes vecinos causadas por la escasez de alimentos.

—Guerras... —murmuró Melvin—. ¿Contra los cántabros o los caristios?

—No puedo saberlo. Quizá contra ambos —dudó Quinn—. Lo único cierto es que vendrán y que hemos de estar preparados.

—¿Has pensado en algo? —Sayer arrugó el gesto.

—Debemos revisar todo el perímetro de la muralla; la fortificación actual no es suficiente. Reforzaremos nuestras defensas.

—¿Toda la muralla? —Sayer parecía no creer lo que acababa de escuchar.

—Así es.

—Una empresa tan grande nos costará años —dijo con pesimismo el jefe de los aldeanos.

—Quinn tiene razón. —Melvin miró severo a sus compañeros—. Si hemos de reforzar la muralla, tendrá que ser por completo. No podemos dejar puntos débiles.

—De acuerdo, pero...

—Calmaos. Lugh está con nosotros, y Gwendal es aún muy pequeña. Quizá tengamos tiempo suficiente.

—En cualquier caso, no podemos iniciar las obras todavía —replicó Sayer—. Hoy da comienzo la cosecha y estaremos muy ocupados hasta Samhain.

—Lo sé —asintió Quinn—. Trabajaremos en la muralla solo durante giamos. Pero este año es crucial que demos comienzo cuanto antes. Convertiremos la puerta principal en un punto estratégico por si se precipitan los acontecimientos.

—Mis hombres y yo podemos hacerlo en solitario —se ofreció el jefe de los guerreros—. El resto se uniría después.

—No será necesario, y tampoco nos convendría —replicó el druida—. Sería terrible que perdiésemos alguno de tus hombres en un accidente. Los guerreros deben dedicarse a preparar la batalla.

—Entonces, ¿cómo lo haremos? —inquirió Sayer.

—Venid. —Quinn se levantó y caminó hacia la puerta—. Os explicaré lo que quiero y la forma en que lo haremos.

Los tres altos cargos del poblado salieron de la choza. Melvin y Sayer siguieron a Quinn hacia la puerta norte.

El acceso norte era un grueso portón de madera encajado en el hueco que dejaba el muro al doblarse sobre sí mismo. Cuando algún forastero deseaba acceder al recinto, los guerreros que lo custodiaban le interrogaban a través de un pequeño ventanuco abierto en el centro.

La idea de Quinn era sencilla. En su lugar, construirían un gran corredor de acceso hacia el campo de piedras, oblicuo con respecto a la muralla, y cuyos muros alcanzarían los diez pies de altura. También instalarían dos puertas, una en cada extremo. A la espalda del muro oeste del corredor levantarían una torre de vigilancia de planta triangular para adaptarse a la topografía del terreno, y de veinte pies de altura para aumentar el campo de visión. Tendría una única entrada frente a la dolina y contaría con accesos al interior del corredor, a la parte superior de los nuevos muros y a la azotea.

Melvin y Sayer escucharon con atención las detalladas explicaciones del druida mientras imaginaban lo que tendrían que construir.

—Cuando esté terminado podremos vigilar toda la llanura y parte de la costa —aseguró Quinn—. Si recibimos visitantes hostiles, quedarán encerrados en el interior del corredor y los guardias podrán atacarles desde los muros o en el propio terreno. Ahora comprenderéis la importancia de empezar inmediatamente.

—El tamaño de la torre es lo que más me preocupa —observó Sayer—. Nunca hemos construido un edificio de tanta altura. Además, la planta intermedia de acceso a la parte alta de los muros, el techo y las escaleras interiores habrá que hacerlos de madera.

—Así es —asintió Quinn—. Y deberás encargarte tú mismo de planificarlo y dirigirlo todo. Me gustaría que esta temporada dejases de lado las cosechas.

—¿Y quién construirá la torre? —preguntó el carpintero. El druida miró a Melvin.

—Como te he dicho, no podemos permitirnos perder a uno solo de tus guerreros. Sin embargo, aún quedan años hasta que tengamos que librar batallas y, para entonces, algunos de ellos podrían ser demasiado viejos. Propongo que los tres guerreros de más edad comiencen la construcción de la torre bajo las órdenes de Sayer.

Los dos jefes permanecieron en silencio con el pensamiento puesto en los razonables argumentos de Quinn. Melvin habló en primer lugar.

—Si Sayer está conforme, yo también.

—Lo estoy —dijo el carpintero—. Pero no esperéis gran cosa. Entre cuatro personas no avanzaremos mucho de aquí hasta Samhain.

—Haced lo que podáis —concluyó Quinn—. Intentaremos terminarla antes de que dé comienzo el próximo samos.

Alcanzado el acuerdo, regresaron sobre sus pasos y atravesaron el poblado hacia el recinto interior de ganado. Caminaron ladera arriba y se detuvieron en el centro; desde esa posición podían ver prácticamente todo el recinto amurallado.

—Observad la muralla norte —dijo Quinn. Melvin y Sayer agudizaron la vista.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el jefe de los guerreros.

—Fijaos en la empalizada de madera. Tiene huecos y algunas partes sueltas, y es demasiado baja. ¿Qué altura tiene?

—Tres pies —respondió Sayer.

—Debemos reemplazarla. Colocaremos una nueva de cuatro pies. De ese modo los muros alcanzarán una altura total de diez pies contando desde el suelo. —Quinn observó sus caras de preocupación ante las dimensiones de la reforma—. Calma. Como os he dicho, lo haremos por fases; este año solo nos ocuparemos de la entrada principal.

Los dos jefes continuaron la marcha colina arriba tras los pasos del druida, camino de la cima más alta. Una vez allí, la rodearon y contemplaron el muro que cerraba el paso desde el macizo rocoso oriental contiguo.

—Este es nuestro punto más débil. El descenso hasta el muro desde las montañas vecinas es relativamente fácil, y no hay empalizada —les explicó Quinn—. Debemos añadir una segunda protección similar al resto.

—¿Cómo exactamente? —preguntó Melvin enroscando su largo bigote pelirrojo con los dedos.

—Construiremos dos nuevas murallas que arrancarán desde los extremos del muro actual. Estas avanzarán por los bordes de las laderas hasta juntarse cien pies por delante; de ese modo estrecharán y cerrarán el paso.

—Nos llevará otro gíamos... —dijo Sayer cruzándose de brazos.

Hasta ese momento, las remodelaciones que proponía Quinn resultaban complicadas y laboriosas, pero factibles. Continuaron la marcha hacia el sur y, al llegar a la defensa sureste, el carpintero tomó la iniciativa.

—Supongo que aquí querrás construir otra empalizada —dijo mientras señalaba el muro de más de quinientos pies de longitud que se extendía ante ellos.

—En caso de recibir un ataque por esta parte, la empalizada serviría de poco; no tenemos guerreros suficientes para defender todos los flancos del poblado —precisó Quinn—. Debemos elevar la altura del muro y convertirlo en inexpugnable. ¿Qué opinas tú, Melvin?

—Sin vigilancia, creo que sería bastante sencillo de traspasar con escalas. De nuevo estás en lo cierto.

—¿Cuánto has pensado elevarlo? —preguntó Sayer.

—Con una altura total de treinta pies será suficiente.

—¿Treinta pies? Eso nos obligaría a aumentar el grosor hasta los doce pies para asegurar su estabilidad —dijo el carpintero—. Supondrá una cantidad de piedra tremenda.

—Auméntalo cuanto sea necesario. Nadie ha de poder traspasarlo.

Sayer sintió escalofríos al imaginar el volumen de material que tendrían que acarrear por el abrupto terreno de esa parte del recinto, pero la rotundidad de las palabras del druida le dejaron sin respuesta.

Con prácticamente todas las fortificaciones revisadas, tan solo restaba el acceso sur, un ensanchamiento del muro que alcanzaba los quince pies de grosor y que se abría dejando un estrecho y seguro pasillo de seis pies de anchura. Una robusta puerta de madera lo clausuraba y, a continuación, quedaba protegido por el muro del portillo alto.

Allí, en el portillo alto, sería donde redoblarían la defensa. Quinn propuso construir un pequeño torreón de vigilancia de diez pies de altura e instalar una empalizada sobre el muro, desde el nuevo torreón hasta el frente del acantilado. De esa manera, bastaría con unos pocos vigilantes para asegurar el sendero de acceso al valle.

Tanto Melvin como Sayer tenían dudas e inquietudes, pero los razonamientos del gran druida les habían convencido de la necesidad de tamaña empresa. Ahora Deberían comunicárselo a todos y escuchar sus opiniones.

Quinn cruzó el centro del poblado en dirección al hogar de Sayer. Después de haber recorrido durante toda la mañana las estructuras defensivas de la muralla, sentía el deseo de ver a Gwendal y comprobar que se encontraba bien. No dudaba de que la pequeña estaría segura en brazos de Eileen; sencillamente, algo en su interior lo empujaba hacia allí.

Con la cabeza cubierta por la capucha de la túnica para protegerse del sol de mediodía, descendió entre las viviendas de los aldeanos. A esas horas, todos estaban en los campos ocupados con la cosecha. Tan solo Cedric y Erwin, los más viejos de la tribu, andaban por allí; de pie, delante de la choza del carpintero, observaban algo en su techo. El druida levantó la vista y vio, posado en el punto más alto, al mismo halcón que había visitado el hogar de

su hermana dos días antes; tuvo la sensación de que aquella joven ave velaba por su sobrina tanto como él. «Tú también quieres saber cómo está, ¿verdad?» se dijo cruzando entre los ancianos.

Como esperaba, encontró a Eileen dentro de la choza. Sentada en su cama de paja, y con el camisón bajado hasta las rodillas, amamantaba a las dos criaturas a la vez. Quinn cerró la puerta sin hacer ruido y se acercó a ellas.

—¿Va todo bien?

—Es una niña estupenda. Mama con vigor —aseguró Eileen.

Al escuchar las voces, la pequeña Gwendal soltó el pezón, miró a su tío y le sonrió: el druida interpretó aquel gesto impropio de su edad como una muestra más de que se trataba de una niña muy especial.

—¿Puedo cogerla? —preguntó.

—Claro, ella lo está deseando.

Al tomarla en sus brazos se sintió reconfortado. Nunca había cogido a un bebé que emanase una energía tan perceptible como la de Gwendal, energía que podía sentir dentro de él y que le llenaba de fuerza.

—Cómo me alegro de verte —le susurró al oído.

Eileen recolocó a Enya, su hija, en su regazo.

—¿Dónde está Sayer? Suponía que andaba contigo.

—Ha bajado con Melvin a los campos. Van a congregarse a todos frente al centro religioso al atardecer; hemos de exponerles los planes.

—¿Qué planes?

—Ya los conocerás. Te lo explicaré luego, junto con los demás.

En ese momento, Gwendal rompió a llorar. Quinn la acunó en sus brazos, pero por más empeño que ponía no conseguía calmarla. Levantó la cara evidenciando su ignorancia y se encontró con la sonrisa burlona de Eileen, que daba por sentada la inexperiencia del druida en el cuidado de bebés.

—Tranquilo, solo tiene hambre. Me temo que las ganas de estar contigo le han dejado a medias.

Quinn volvió a colocar a su sobrina en el regazo de Eileen. Esta comenzó a mamar de nuevo, feliz, mientras lo observaba de reojo.

—Es sorprendente que una niña tan pequeña esté tan despierta. Y te adora.

—Sabe cuánto la quiero. —El druida se atusó la barba y guiñó un ojo a Gwendal—. Será mejor que me vaya, mamará más tranquila.

Al salir por la puerta se topó con Morgana. La partera visitaba en sus primeros días de vida a todas las criaturas a las que había ayudado a nacer. También aconsejaba a las madres primerizas sobre cómo mantener una buena lactancia para que crecieran sanas.

—¿Cómo está la pequeña? —dijo Morgana.

—Perfectamente, pero parece ser que mi presencia la distrae. Ya me iba.

—Necesita intimidad. —La partera se apoyó en su hombro y entró en la choza—. Yo tampoco la molestaré demasiado, solo quiero revisar el cordón.

Quinn cerró la puerta y las dejó solas. Agachó la cabeza y continuó su camino apoyándose en la vara de avellano.

Anocheecía cuando el poblado al completo se reunió en torno a la piedra de sacrificios. Los alrededor de cien individuos que integraban la tribu especulaban sobre cuál sería el motivo de la convocatoria. Quinn, flanqueado por Melvin y Sayer, se colocó en la entrada del centro religioso. El sumo sacerdote levantó las manos y las conversaciones cesaron de inmediato.

Paso a paso, Quinn les explicó cómo reforzarían el poblado. Melvin habló de la conveniencia de mejorar las defensas y Sayer, por su parte, intervino de cuando en cuando para contarles cuáles serían las nuevas dimensiones de la muralla y el modo en que realizarían los trabajos.

Cuando los tres jefes terminaron la exposición, los comentarios se generalizaron de nuevo. Mayoritariamente confiaban en Quinn y en su sabiduría, y estuvieron de acuerdo en la conveniencia de

las obras para protegerse de cara al futuro. Sin embargo, sobre la manera de llevarlo a cabo parecían tener algunas dudas. Cedric, el anciano alfarero, dio un paso al frente y levantó la mano para tomar la palabra.

—Creo que a nadie se le escapa el enorme volumen de piedras que tendremos que acarrear. Somos aldeanos poco más de la mitad, y si descontamos a mujeres y niños esa mitad queda reducida a la mitad para los trabajos. ¿No parece un poco aventurado intentar terminar la torre de la entrada norte antes del próximo samos?, los días de giamos son cortos, fríos y oscuros.

—Nuestras mujeres son fuertes y valerosas, ayudarán también —afirmó el druida.

—¿Y quién cuidará de los niños y preparará nuestra comida? —preguntó Erwin, el viejo herrero.

—Deberán organizarse entre ellas. Colaborarán en función de lo que cada una pueda.

Nadie replicó. Sin embargo, Arlen y Yilda murmuraban en voz baja al fondo del grupo. Quinn se dirigió a ellos.

—¿Los otros dos miembros del Consejo Druida tienen algo que añadir?

Los aspirantes agacharon la cabeza. Quinn repasó con la mirada al resto de la tribu y continuó.

—Bien. Si todo el mundo está conforme, así lo haremos. Doy por finalizada la reunión.

Antes de regresar al interior del centro religioso, el druida observó cómo se dispersaban todos. Buscó a sus discípulos entre la muchedumbre, pero no consiguió localizarlos.

El gran druida estaba perdiendo la cabeza, o al menos eso empezaba a pensar Yilda. A su juicio, desde el nacimiento de Gwendal no había hecho sino tomar decisiones exageradas como el sacrificio de Perth. Y ahora pretendía reformar toda la muralla porque Lugh se lo había sugerido, un hecho al que ella no daba credibilidad. ¿Qué sería lo siguiente? También albergaba el

presentimiento de que la pequeña ocuparía con los años el lugar de su tío, lo que significaría que ella, la aspirante mejor preparada, quedaría relegada a un segundo puesto de por vida.

Acompañada de Arlen, entró en su choza y atrancó la puerta. Ambos se sentaron en el suelo junto a las moribundas brasas del hogar y ella le explicó sus dudas y temores. Arlen escuchó atentamente hasta el final y permaneció un momento pensativo.

—Confío en él —dijo finalmente. Agarró un par de troncos del montón de leña apilado contra la pared y avivó el fuego—. Todos debemos confiar en él.

—Yo no estoy tan convencida.

—¿No crees que Gwendal sea la hija de Lugh?

—Digo que si realmente lo es, solo se lo ha dicho a él. Ninguno de nosotros dos hemos sentido nada al respecto.

—Quinn es el sumo sacerdote y quien habla habitualmente con los dioses. A ti y a mí se nos manifiestan en contadas ocasiones.

—Exacto. En ocasiones excepcionales, como debería haber sido esta. —Yilda calló un instante e hizo memoria—. Recuerda que la muerte de Neil también le fue revelada sólo a él.

Arlen enmudeció. En ningún momento se le había pasado por la cabeza tal cosa y las palabras de Yilda le hicieron dudar.

—Puede que tengas razón. O puede ser que los dioses hayan decidido ocultárnoslo por algún motivo. Quizá deseen realmente que Quinn se haga cargo de la niña en exclusiva.

—O quizá nuestro maestro no nos tenga en tanta estima como pensamos y pretenda que sea su sobrina quien le suceda en el cargo.

Arlen enmudeció de nuevo. Todo cuanto decía Yilda tenía sentido. La miró a los ojos y pudo darse cuenta de lo preocupada que se sentía. Colocó la mano sobre su rodilla y le habló en voz baja.

—Aun así, siga confiando en él —dijo acariciándole el muslo bajo la túnica—. Todos debemos hacerlo.

—Me gustaría estar equivocada. —Yilda agachó la mirada y le retiró la mano—. Ahora no es el momento —le dijo.

—Será mejor que me marche. Necesito descansar y creo que tú también. —Arlen se puso en pie y caminó hacia la puerta—. Pensaré en ello.

Sola en su choza, Yilda echó un par de troncos más al fuego para mantenerlo vivo durante la noche y se metió en la cama desnuda. Pensó que si en algo tenía razón Arlen, era en que necesitaba descansar; los últimos días habían sido demasiado tensos para ella.

## 6

Sayer abandonó su choza con las primeras luces del alba. Vestido con una camisa larga de hilo, pantalones anudados a los tobillos y botas de piel, el delgado aunque robusto carpintero caminó hacia la entrada norte, donde ya le estarían esperando los tres guerreros enviados por Melvin para ayudarle con los trabajos previos. Al hombro cargaba un saco de tela repleto de estacas de madera, su maza más grande y un largo ovillo de cuerda de lana.

La mañana había amanecido despejada y todos se ponían en marcha para bajar a los campos de cultivo, dispuestos a retomar la cosecha; un laborioso trabajo hasta Samhain que les proveería de alimentos para todo el frío y oscuro gíamos. La mayoría de ellos desfilaba hacia la puerta principal portando sus dagas al cinto, con las que cortarían los manojos de cereal, y un cesto de mimbre para depositarlos. El resto, en el recinto interior del ganado, reunían los bueyes con los que traerían el grano en pequeños carros.

Sayer cruzó entre la multitud y caminó hacia la choza de Erwin. En ese momento, el encorvado herrero salía a su corral dispuesto a comenzar la jornada. Al ver al jefe, Erwin se detuvo apoyado en el bastón que siempre lo acompañaba y lo miró con curiosidad.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

Sayer dejó el saco en el suelo y se acercó a él.

—Necesito unas cuantas cosas —contestó dándole una palmada en la espalda.

Sayer le pidió que les llevara tres azadas para remover la tierra y un par de palas para cargarla sobre los esportones de caña que

debían preparar sus improvisados trabajadores. Lo dejó buscando las herramientas y continuó su camino.

Cuando llegó a la entrada norte, Alan, Kevin y Mael le esperaban sentados al borde de la dolina oeste. Descargó el saco del hombre y lo vació en el suelo.

—Vamos allá —les dijo—, comenzaremos marcando el perímetro de la torre y los muros.

El carpintero agarró el cordón de medir de tres pies de longitud que solía utilizar para sus trabajos de carpintería y empezó a situar los lugares donde debían clavar las estacas.

Al final de la mañana, la planta de la torre y los límites de los nuevos muros quedaron acotados por las cuerdas de lana. Sayer trepó por una escalera hasta lo alto de la muralla y se sentó a observar el replanteo. Quinn apareció en ese momento caminando por el pedregoso sendero. El carpintero le hizo un gesto para que subiese con él.

—Mirándolo desde aquí parece más complicado aún.

—Ciertamente —dijo el druida cruzado de brazos—. Ahora que está marcado sobre el terreno se aprecian mejor sus enormes dimensiones.

—Hará falta desmontar parte de la muralla este para construir el pasillo.

—Bueno. —Quinn levantó los hombros y asintió—. Aprovecharemos las piedras de la demolición para los nuevos muros.

—Y observa la puerta actual. —Sayer señaló hacia el trasiego de aldeanos que entraban y salían del poblado.

—¿Qué ocurre con ella?

—El acceso norte es tan frecuentado en la época de cosecha que no crece la hierba —evidenció—. Fíjate en la nube polvo que se levanta; podría ser un problema a la hora de combatir en el interior del futuro pasillo.

Quinn observó la puerta enroscándose la barba con los dedos. Miró al jefe de los aldeanos y dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—Utilicemos la puerta sur para no estropearlo tanto.

—Imposible. El sendero es demasiado estrecho para subir con los carros.

—¿Y qué propones? Me da la sensación de que ya has pensado en algo.

—La única solución que se me ocurre es pavimentarlo. Tendremos que subir un montón de losas de piedra desde el arroyo.

—Constrúyelo como creas más conveniente. —Quinn se levantó apoyándose en la vara de avellano y comenzó a bajar por la escalera—. Estoy seguro de que harás un gran trabajo.

Sayer se quedó unos minutos más sentado en lo alto del muro divagando acerca de cómo elevar de forma eficiente la cantidad de piedras que necesitarían para alcanzar los veinte pies de altura de la torre. Ninguna idea asomaba a sus pensamientos. Sacudió la cabeza y caminó hacia la escalera.

—Será mejor que comencemos cuanto antes —masculló. Bajó del muro y se reunió con sus hombres, que lo esperaban almorzando.



### capítulo 3

—finales de samos, 249 a. c.—

**al atardecer**, Quinn aún continuaba sentado en su tronco de roble del templo sagrado. Había permanecido en el claro del bosque durante todo el día meditando a solas sobre el futuro de la tribu, algo que miraba con tanto temor como esperanza.

Hacia años que albergaba el presentimiento de que ninguno de sus pupilos aspirantes debería sucederle, y el tiempo le había dado la razón. Yilda era fría y calculadora, mientras que Arlen era dócil e ingenuo. En su opinión, ninguno de los dos reunía las cualidades necesarias para ser sumo sacerdote de la tribu. Por lo tanto, todas sus esperanzas estaban depositadas en Gwendal. La pequeña, de ojos verdes grandes y profundos, crecía con salud a los pechos de Eileen. Algún día, o al menos eso deseaba, ella se convertiría en la suma sacerdotisa de los amanos.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas cuando Quinn se arrodilló en el lado este del altar. Fijó la vista en él y la levantó hasta localizar el dolmen del oeste, justo delante de él.

—Samhain está cerca —murmuró; el gran disco rojizo se veía parcialmente encerrado entre las tres piedras que conformaban el monumento.

Respiró profundamente y se puso en pie.

Un escalofrío le recordó que la noche se acercaba. Miró al cielo. Las primeras gotas de lluvia caían medidas por el viento. «Será mejor que regrese» se dijo resguardándose con la capucha. Agarró la vara y caminó ladera abajo en dirección al sendero de la puerta sur.

## 7

A falta de la pequeña parcela del interior del poblado, la cosecha y recolección estaba finalizada. Sin embargo, nadie en la tribu descansaba. Mientras unos aventaban el grano o ataban fardos de paja cerca de los campos para alimentar al ganado durante la mitad oscura del año, otros subían por la senda norte con los carros repletos de trigo y centeno, manzanas y frutos secos que almacenaban en el cobertizo situado en el recinto de las reses.

Dentro de las murallas, en el corazón de la aldea, los guerreros se preparaban para las futuras batallas entrenando su destreza con la espada y el arco. Sus hijos, revoloteando en torno a ellos, les observaban casi desde que empezaban a caminar y jugaban a imitarles con palos y trozos de madera a modo de armas; más tarde, cuando cumplieren los cinco años, llegaría el momento de iniciarles en el honorable oficio de defender a los suyos.

Para los amanos la vida seguía exactamente igual. Las rutinas se repetían día a día y nada había cambiado salvo una cosa: la torre que estaba construyendo Sayer. Todos se sentían fascinados por la imponente obra que estaba llevando a cabo el carpintero.

Habían pasado ya tres ciclos lunares desde la mañana en que replantearon la torre y los muros del corredor principal. Durante ese tiempo, Sayer y sus tres hombres habían excavado un palmo de terreno para despejarlo de maleza y subido cientos de lajas de piedra desde el arroyo a través del sendero sur; con ellas habían levantado un zócalo de pie y medio de altura para poder asentar los muros con mayor firmeza. Además, por las tardes, el carpintero había fabricado en su choza los andamiajes de madera que iban a necesitar.

A pocos días para que se sumasen los aldeanos, los cuatro obreros dedicaban las jornadas a bajar bloques de piedra desde la cantera de la colina más alta y a apilarlos en torno a las obras. Para ello se valían de un buey que las transportaba tirando de un carro a lo largo del muro norte, el cual, al igual que el resto, podía ser utilizado como vía de comunicación gracias a sus ocho pies de

grosor. Para subir el buey y el carro habían tenido que construir previamente una rampa de tierra junto al campo de cereal situado en el recinto de las reses.

Pasado el mediodía, cansado de cargar y descargar piedras del carro, Sayer decidió tomarse un descanso y comer algo. Echó mano del morral de piel de cordero en el que traía el almuerzo todas las mañanas y sacó un cuchillo, pan de centeno y tocino de jabalí. Apoyado en el montón de piedras apiladas se llevó un pedazo a la boca y masticó con la mirada puesta en el zócalo de la torre, pensativo. Levantó la vista recorriendo el cielo con ella e imaginó hasta dónde llegaría el enorme edificio.

—Tiene que haber alguna forma de... —murmuró.

Quinn interrumpió sus pensamientos como salido de la nada.

—¿Qué te preocupa?

—El modo de subir las piedras a tanta altura de forma rápida y segura —dijo Sayer señalando con el cuchillo un punto indeterminado por encima de su cabeza. Dio un nuevo bocado y miró al druida.

—Creía que ibas a subirlas con cuerdas.

—He estado haciendo pruebas; los esportones llenos pesan demasiado.

—Entonces hazlo por el andamiaje —sugirió el druida.

—Imposible. Tardaríamos aún más, y es demasiado peligroso.

Aparte del problema que suponía la altura de la torre, esta tenía unas dimensiones finales de noventa pies de longitud por veinticuatro de anchura en el extremo sur, lo que se traducía en un volumen bastante más grande de lo que Sayer había imaginado. No podían hacer una cadena humana a través de los andamios ya que el esfuerzo al que se verían sometidos sus hombres les llevaría a cometer errores, lo que significaría que cualquiera que anduviese por debajo de ellos podría recibir un impacto en la cabeza. Por otro lado, no disponía de efectivos suficientes para hacerlo si

además quería trabajar en los muros del corredor y transportar material desde la cantera al mismo tiempo.

—Estoy seguro de que encontrarás el modo de hacerlo —aseguró Quinn sin muestra alguna de preocupación—. No hay nadie con más talento que tú para la construcción, por eso te elegí.

—Ya... —Sayer cortó un poco más de tocino y guardó el resto del almuerzo en el morral—. Pues espero no defraudarte.

—No lo harás, amigo mío. Debes tener confianza en ti.

Después de darle una palmada de ánimo en la espalda, Quinn atravesó la puerta norte y desapareció sendero abajo.

El carpintero, apoyado aún sobre el montón de piedras, rumió durante unos minutos las últimas palabras del druida y regresó al trabajo sin dejar de pensar en el asunto.

De vuelta en lo alto del muro norte, Sayer levantó la vista hacia el este y lo recorrió con la mirada. A lo lejos podía ver a Alan, Kevin y Mael guiando al buey que descendía lentamente tirando del carro cargado hasta los topes.

—Necesitamos traer el material más aprisa —se dijo cruzado de brazos.

Cuando el cuarteto de transporte llegó a él, se fijó en la envergadura del carro. A cada lado de las ruedas apenas quedaban un par de pies libres, por lo que utilizar dos equipos simultáneamente resultaba imposible; no podrían cruzarse entre ellos.

—Tiene que haber algún punto de mayor grosor —masculló—. Id descargándolo. Vuelvo en un momento —les dijo.

Sayer agarró su cordón de medir, caminó a lo largo de la muralla y realizó comprobaciones aquí y allá, pero ninguna zona tenía margen suficiente. En el extremo oriental, dio media vuelta e inició el camino de regreso. Al pasar junto a la rampa de tierra por la que transitaban los bueyes para subir y bajar del muro, tuvo una idea que podría solucionar el problema.

Cuando llegó a las obras de la torre, sus hombres ya habían descargado el carro y se disponían a dar media vuelta para

comenzar de nuevo. Les hizo un gesto para que aguardasen y se acercó a ellos.

—De momento no vamos a traer más piedras.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mael. Los tres miraron al carpintero encogidos de hombros.

—Coged las herramientas y venid conmigo. Vamos a ampliar la rampa.

Yilda cerró los ojos y levantó la cabeza para concentrarse; nada, ni una sola señal. Lo único que percibían sus sentidos era el sonido de las hojas de los árboles agitadas por la brisa que corría a lo largo del valle. Sin embargo, la sensación era cálida y agradable en medio del silencio, como si los dioses estuviesen preparando el terreno para conectar con ella por primera vez. Echó la cabeza un poco más hacia atrás y apretó los puños sobre sus rodillas, pero siguió sin obtener respuesta. Por más que se empeñaba, era incapaz de escuchar lo que tuviesen que decirle.

Sentada en su tronco de roble, junto al altar del templo sagrado, la druidesa había ingerido el brebaje de setas e intentaba conectar con los dioses. Desde el nacimiento de Gwendal lo había probado varias veces. Necesitaba saber de primera mano que las cosas eran como aseguraba Quinn; necesitaba argumentos que Arlen no podía darle, por más que este insistiera en que debían confiar en el gran druida.

En esta última ocasión, como en las anteriores, tampoco le había sido revelado nada. En realidad, los dioses jamás se habían puesto en contacto con ella, pero eso era un secreto que guardaba con celo, segura de que algún día cambiaría.

Las primeras veces que realizó el ritual tras el nacimiento de Gwendal se sintió ignorada por el silencio que obtenía como respuesta. Con el paso de los días, se afianzó en la idea de que quizá, simplemente, no había nada que revelar y todo era como ella había imaginado desde un principio; una burda manipulación de Quinn para quitarla de en medio.

Sola en el claro del bosque, se reafirmó en sus hipótesis más que nunca. Al menos, la magia del brebaje de setas rojas siempre conseguía transportarla a un mundo en donde podía pensar con mayor claridad.

Sumida en la profunda oscuridad de sus párpados, Yilda escuchó cómo Arlen se sentaba a su lado en silencio y supo que había llegado el momento de hacerle posicionarse en favor suyo; con él como aliado todo sería más sencillo. Alargó el brazo, tomó su mano y le habló.

—Estás aquí.

—Supuse que habrías bajado a meditar —dijo Arlen observando el cuenco vacío de madera sobre el altar—. ¿Los dioses te han hablado?

—Lo han hecho —respondió con los párpados aún cerrados.

Sorprendido, Arlen apretó su mano con firmeza. La druidesa giró la cabeza, abrió los ojos y lo miró a la cara con las pupilas completamente dilatadas.

—Gwendal es una impostora. Traerá la desgracia a nuestro pueblo.

—¿Estás segura? —Arlen arrugó el gesto confundido por la revelación.

—Lo estoy. La precipitada muerte de sus padres y la enajenación de Quinn son solo el principio. Debemos impedir que continúe.

—¿Cómo podríamos hacerlo?

—Aún no lo sé. —Yilda hizo una pausa y respiró profundamente—. Pero cuando llegue el momento espero encontrarte a mi lado.

Yilda arrastró la mano del joven druida hasta colocársela sensualmente sobre el muslo. Arlen, deseoso, lo acarició con ansiedad e intentó continuar el camino hacia la entrepierna, pero ella lo detuvo.

—También me apetece... y mucho —susurró sofocada. Él volvió a intentarlo y de nuevo ella lo frenó—. Pero antes necesito estar segura de que puedo confiar en ti, ocurra lo que ocurra.

—Ocurra lo que ocurra —musitó Arlen repitiendo sus palabras, preso de sus instintos—. Tienes mi promesa.

—Y tú me tienes a mí.

Yilda liberó la mano de Arlen y le besó. Arlen extendió el brazo, introdujo los dedos en su sexo y le provocó un gemido que pudo escucharse en todo el valle. Ella apretó las piernas y le habló a la vez que mordisqueaba sus labios.

—Aquí no. Podría vernos alguien.

Yilda se puso en pie y tiró de él hacia la espesura del bosque. Allí, ocultos entre los árboles, disfrutaron una vez más de sus cuerpos con pasión desenfrenada; placeres de los que la druidesa había privado al joven, y a sí misma, desde el nacimiento de Gwendal.

Las relaciones personales entre los miembros del Consejo Druida estaban prohibidas, pues ello podría entorpecerles a la hora de tomar decisiones; una norma que los dos aspirantes incumplían desde hacía tiempo. Ambos eran conscientes de los riesgos que asumían: Yilda prefería no pensar en ello; Arlen, embrecido por el caudal de hormonas que corría por sus venas, simplemente confiaba en que podrían mantenerlo oculto. Y todo ello estaba propiciado porque Yilda, una mujer atractiva como pocas en la tribu, había conseguido, para su desgracia, llegar a la madurez sin que ningún hombre la pretendiese.

En el centro del poblado, en torno a la piedra de sacrificios, los hombres de Melvin practicaban como cada día el arte de la lucha. Los guerreros amanos basaban sus técnicas de combate en la potencia de sus cuerpos y en la rapidez de movimientos, razón por la que básicamente entrenaban la fuerza y la agilidad. La estrategia y la organización quedaban relegadas a un segundo plano, ya que ninguno de ellos había entrado todavía en batalla y no habían tenido la necesidad ni la oportunidad de ahondar en ello.

Ataviados con botas de piel, pantalones de lino, camisa y casco, ejercitaban por turnos la lucha cuerpo a cuerpo y el tiro con arco. En la primera, armados con escudos ovales y grandes espadas de madera, peleaban por parejas hasta que uno de ellos conseguía someter a su contrincante. Para practicar el tiro con arco, instalaban postes de madera con sacos de paja atados a ellos y a los que intentaban acertar desde treinta pies de distancia. También, pero solo los más veteranos y experimentados, para afinar su puntería, disparaban a un saco de lana en movimiento que los más jóvenes arrojaban desde diferentes puntos.

Mediada la tarde, el poblado adquirió una apariencia sombría. Melvin, bajo la fina llovizna que empezaba a caer, levantó su pesada espada de hierro y dio por finalizada la jornada. Sus hombres obedecieron de inmediato y comenzaron a recoger la parafernalia que habían desplegado por todas partes.

Linett y Owen aparecieron por la puerta sur. La pareja de pastores regresaba de las montañas, donde pasaban toda la estación de samos en una cabaña de piedra al cuidado de los rebaños de ovejas y cabras para aprovechar los pastos frescos de las alturas.

Melvin, contento de verles, apoyó la espada en la puerta de su choza y caminó hacia ellos para recibirlos.

—Bienvenidos, hermanos —les saludó con un abrazo.

—Gracias —respondió Owen.

—¿Qué tal se ha dado la temporada?

—Excelente —aseguró el pastor—. La fertilidad del rebaño nos ha traído más de treinta corderos.

—Es una magnífica noticia —dijo el gran jefe con entusiasmo. Hizo un pequeño silencio y continuó—. Dime, ¿está todo en calma por allí arriba?

—Claro —respondió Owen extrañado—. ¿Ocurre algo?

—Tan solo quería asegurarme. Es largo de contar; os lo explicaré más adelante. ¿Y tú, cómo estás? —preguntó a Linett—. No tienes buena cara.

—Me alivia estar de vuelta —respondió esta—. Comienzo a sentirme muy cansada.

—¿Estás enferma?

—Creemos que está embarazada —se apresuró a decir Owen.

—¡Otra magnífica noticia! —exclamó sonriente el gran jefe—. Id a vuestra choza y descansad. Hablaré con Morgana para que os visite esta misma noche.

Melvin se despidió de la pareja y regresó a su choza; antes de ir en busca de la partera guardaría su espada de hierro lejos del alcance de las alocadas manos de los niños.

Tras recorrer medio poblado, encontró a Morgana en la choza de Eileen. La partera estaba sentada en la cama charlando con ella. A su lado, Enya y Gwendal dormían plácidamente bajo una manta. Melvin cerró la puerta con cuidado y se acercó hasta ellas.

—Si buscas a Sayer, lo encontrarás en la rampa de tierra —dijo Eileen en voz baja para no despertar a las pequeñas—. Está empeñado en terminarla mañana.

—Quería hablar con Morgana. Owen y Linett ya han regresado y creen que ella podría estar embarazada.

—Iré a visitarles cuando termine aquí —aseguró la partera.

—¿Cómo está Gwendal?

—Es una niña sana y mama con tanta fuerza que a Eileen se le están irritando los pezones. Le he puesto un ungüento de milenrama.

—Estás en buenas manos. —Melvin miró a Eileen y la besó en la mejilla—. Será mejor que me marche, necesitas descansar.

El gran jefe dio media vuelta y salió de la choza con la satisfacción de saber que las cosas marchaban bien en el poblado.

Después de dejar a Sayer meditabundo en la torre, Quinn había bajado a los campos de cultivo, al noroeste, para comprobar el cumplimiento de los plazos en la recogida de las cosechas; en las tierras amarilleadas apenas quedaba grano que recoger y los aldeanos cargaban los últimos esportones en los carros para regresar

a la aldea. Cerca del río, varias mujeres que habían bajado a lavar la ropa lo saludaron cordialmente y le invitaron a un pequeño tentempié que preparaban junto a una hoguera. Rodeado de sus hermanas, comió guiso de conejo, pan de centeno y bebió cerveza tibia antes de continuar con sus obligaciones sacerdotales.

Con la tripa llena, se encaminó hacia el templo del bosque bordeando el poblado al pie de la falda de la peña, protegido con la capucha de la persistente llovizna. Acostumbraba a visitarlo a diario aunque nada más fuese para inspirarse con la calma y la energía que emanaban de él, pero en esa ocasión el motivo era de suma importancia.

Al llegar al altar, se percató de que había un cuenco de roble abandonado. Lo cogió con ambas manos y lo observó con atención, extrañado. Indudablemente era el de Yilda.

—Parece que ha bajado con Arlen —musitó mirando las huellas que se adentraban en el bosque. Sin soltar el cuenco, caminó por la senda de pisadas hasta el límite del claro y oteó entre los árboles—. ¿Arlen?, ¿Yilda? —vociferó hacia la espesura. Pero no hubo respuesta.

Más extrañado aún, dio media vuelta y regresó al centro del templo imaginando que su pupila, distraída con la recogida de hierbas, habría dejado el cuenco olvidado.

Envuelto por la tenue luz del ocaso, se colocó de cuclillas ante la piedra del altar y contempló la puesta de sol a través del dolmen del oeste; el enorme disco dorado, semioculto por las nubes, quedaba ya prácticamente encerrado en su interior.

—Ha llegado el momento de anunciarlo —dijo en voz baja. Se puso en pie ayudado de la vara y caminó hacia la aldea con el cuenco en la mano.

Al anoecer, los aldeanos más rezagados salían del recinto de las reses cerrando el vallado hasta el día siguiente. Terminada la jornada, habían recogido los bueyes y depositado en el cobertizo los últimos fardos de paja; por la mañana ya no tendrían que volver

a los campos y se limitarían a recoger el poco cereal que todavía quedaba en la pequeña parcela interior. Los hombres de Melvin regresaban hambrientos a sus hogares después del duro día de entrenamiento.

Quinn entró por la puerta sur y caminó hacia la choza de su discípula. Durante el trayecto, se dirigió a cuantos se cruzaron con él y les pidió que corriesen la voz de que deseaba hablarles en el centro religioso.

Cuando llegó al hogar de Yilda, se detuvo en el corral delantero y oteó por la ventana; estaba entornada y podía ver como ésta extendía unas mantas sobre la cama. Golpeó con la vara, entró y se descubrió el rostro.

—Hola, Quinn —dijo ella sin darse la vuelta.

—¿Tienes ojos en la espalda?

—No son muchos los que visitan mi choza, y tú eres el único que llama con una vara.

Quinn levantó las cejas ante su perspicacia. Se acercó hasta el fuego del hogar para calentarse y sacó el cuenco del interior de la túnica.

—He convocado a la tribu para dentro de un momento.

—Bien, allí estaré —dijo Yilda sin dejar su tarea.

—Traigo tu cuenco. Lo he encontrado en el altar del bosque.

La aspirante se quedó petrificada. De pronto recordó que lo había dejado olvidado cuando, en plena faena con Arlen, ambos escucharon al sumo sacerdote llamarlos en la lejanía; furtivos, habían corrido por el borde del claro del templo hasta alcanzar el camino de regreso.

—Gracias. Estuve meditando y olvidé cogerlo —se justificó—. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—No tiene importancia. —Quinn extendió el brazo y se lo entregó—. Por favor, dile a Arlen que acuda también a la cita de esta noche.

—Iré a buscarlo ahora mismo. Imagino que se encontrará en su choza; no lo he visto en todo el día.

—Bien. Allí nos veremos —dijo Quinn arrugando el gesto.

El druida salió por la puerta con la sensación de que algo no encajaba. Si Yilda no había estado con Arlen en el bosque, ¿de quién eran las otras huellas que había visto en el barro? «Quizá estoy dejando volar demasiado mi imaginación» se dijo sacudiendo la cabeza. Se cubrió y caminó hacia el centro religioso sin darle más importancia.

A su llegada todos le esperaban ya de pie, reunidos en la entrada o en el interior del edificio. En esta ocasión aguardaban en silencio, ya que la tribu conocía sobradamente el motivo por el que Quinn les había citado. El gran druida caminó entre su gente, que le abría paso a medida que avanzaba, y se detuvo en el fondo, justo delante del fuego del hogar. Los miró, se descubrió la cabeza e hizo un gesto ceremonial con los brazos.

—Sentaos —les dijo—. En primer lugar, quiero mostrar mi agradecimiento a la comunidad de aldeanos; han hecho un gran trabajo desde Lughnasadh recogiendo la abundante cosecha que nos ha brindado la Madre Tierra. —Quinn les dejó mostrar su euforia durante un instante y volvió a levantar los brazos para hacerles callar—. En segundo lugar, quiero mostrar mi satisfacción a Sayer y a los tres hombres que le han ayudado por el excelente trabajo realizado en la construcción del nuevo acceso norte.

El murmullo se generalizó y todos miraron al carpintero orgullosos del buen hacer de su hermano. Esta vez, Quinn esperó a que guardasen silencio para continuar.

—Por último, os anuncio que mañana es la víspera de Samhain. Por la noche lo celebraremos.

Sin nada más que añadir, el sacerdote dio por finalizada la reunión. La tribu al completo abandonó el centro religioso y cada uno regresó a su hogar para descansar tras el penúltimo día de duro trabajo.

Cuando todos ya se habían marchado, Quinn tomó asiento en el suelo junto al fuego del hogar y dio las gracias a los dioses por la prosperidad brindada un año más a su pueblo.

### 8

La mañana de la víspera de Samhain el poblado amaneció en calma. Lejos del ajetreo de las últimas fechas, no eran muchos los aldeanos que terminaban de recoger los pocos granos de cereal que aún tenían pendientes en el campo de cultivo del recinto interior de ganado. El resto de ellos, adormilados, permanecían aún en sus hogares despezándose junto al fuego.

Con las primeras luces del día, Quinn apareció entre la niebla que desde muy temprano envolvía la aldea. Se coló sigiloso en el interior de la cueva con su cuenco de roble en la mano. En medio de la ausencia casi completa de luz, esperó unos segundos hasta acomodar la vista y caminó hacia el fondo para ocupar su lugar de meditación sobre los restos enterrados de los sacerdotes que, como él, antaño habían dirigido el destino de la tribu.

Ayudado de la vara tomó asiento en el suelo, cruzó las piernas y depositó el cuenco delante de él. Antes de comenzar el ritual, apoyó las manos sobre las rodillas y pidió permiso.

—Lugh, permite que este humilde siervo te hable y escuche cuanto tengas que decir.

Tomó el cuenco de brebaje entre las manos y bebió hasta agotar el contenido sin derramar una sola gota. Lo depositó nuevamente en el suelo, relamió los restos que le corrían por las comisuras de los labios y fijó la vista al frente. Después, cerró los ojos.

El ritmo de las pulsaciones de su corazón se incrementaba a medida que el brebaje de setas le hacía efecto. Poco a poco, su mente se paralizó hasta que los pensamientos desaparecieron por completo. Ajeno al mundo que le rodeaba, la vista se le aclaró y la oscuridad se convirtió en un blanco immaculado, brillante y mágico.

Dentro de su cabeza empezaron a formarse extrañas figuras de colores sin sentido aparente; figuras semejantes a gusanos que se retorcían y enroscaban unos con otros y que le eran muy familiares: Lugh aceptaba su petición y estaba dispuesto a comunicarse.

—Mañana da comienzo la mitad oscura del año —susurró el druida rompiendo el silencio de la cueva—. Los días se vuelven más y más sombríos y el espíritu de la tribu se adormece. Si tienes a bien guiarme, escucho con atención tus consejos.

El silencio reinó de nuevo. Quinn alzó la cabeza hacia el techo y apretó las manos sobre las rodillas para elevar el nivel de concentración. Las formas de colores se apelmazaron en el centro de sus visiones. De ellas solo quedó un pequeño punto resplandeciente que giraba sobre sí mismo y amenazaba con cegarle.

—*Protege a Gwendal de los espíritus de los vivos y los muertos; aún es frágil* —susurró una voz dentro de su cabeza—. *Templa el metal de los guerreros en el fuego de tu hogar con la madera sagrada.* —La voz desapareció. El punto brillante se apagó y le devolvió a la más absoluta oscuridad.

Cuando Quinn despertó del trance, la niebla ya se había disipado. Los rayos de sol se colaban tímidamente por la entrada de la cueva, lo que indicaba que el ocaso estaba cerca. Mientras que para el sumo sacerdote habían transcurrido apenas unos minutos, el resto del mundo había vivido el día con lenta normalidad.

Recogió el cuenco y salió con la intención de descifrar las indicaciones que Lugh acababa de darle.

«...*de los vivos y los muertos...*». Esas palabras se repetían incesantemente dentro de la cabeza del druida. Era evidente que debía estar atento a las amenazas que, tanto desde este mundo como desde el otro, se cernían sobre su pequeña sobrina. Sin embargo, Lugh no había dejado claro cómo hacerlo.

—El metal de los guerreros... —murmuró caminando por el centro de la aldea.

Interpretar la segunda parte del mensaje parecía más complicado, sobre todo en los momentos de confusión que siempre le sobrevinían tras despertar del trance. Todavía algo desorientado, cruzó la puerta del recinto interior de ganado para echar un vistazo a los trabajos de Sayer, quien apuraba los últimos rayos de luz.

Junto a la muralla, al pie de la rampa de tierra, el carpintero miraba cómo sus tres ayudantes extendían los últimos esportones de tierra en lo alto. Quinn se colocó a su lado y observó también.

—Ya está terminada —dijo Sayer—. Hemos ampliado la longitud de la rampa en seis pies y disminuido la pendiente; en la pequeña meseta que ha quedado arriba podremos cruzar dos carros y mantener así un flujo constante en la traída de material.

—Es una buena idea —apuntó Quinn—. Ahora piensa cómo subirlo a la torre.

Sayer miró al druida de reajo, con los brazos en jarra y frunciendo el ceño.

—Lo solucionaré.

—Estoy seguro. Y creo que no me necesitarás para ello.

Quinn le dio un par de golpes en el hombro y caminó sendero abajo de regreso a la aldea.

En el centro del poblado ya se respiraba aire de fiesta. Las hogueras lucían en lo alto de las colinas y todos habían encendido velas en las ventanas de sus chozas y colocado ramilletes de muérdago en las puertas. La mesa del banquete estaba lista delante del centro religioso, y junto a ella, Melvin se calentaba entre los dos fuegos que había preparado para presidir la celebración. Quinn se acercó a él dándole vueltas a la última revelación de Lugh y se detuvo a su lado con gesto reflexivo.

—Linett y Owen regresaron ayer —comentó el gran jefe sin apartar la vista de las llamas—. Todo está en calma por las montañas.

—Lo sé, les vi ayer en la reunión. Como dije, Gwendal es aún muy pequeña; no tenemos de qué preocuparnos. Pero temo por su seguridad dentro de nuestras murallas.

—¿Los dioses te han hablado? —preguntó Melvin dirigiéndole la mirada.

—Advierten de los espíritus de los vivos y los muertos.

—Tranquilo. Incluso tenemos a un halcón para protegerla —dijo el gran jefe con sarcasmo. Quinn le miró con cara de haberle hecho poca gracia la broma y Melvin cambió el gesto—. En serio, estará bien. Todos cuidamos de ella.

—Ese halcón la vigila por algún motivo. Quizá sea más importante de lo que creemos.

—Perdona. No era mi intención dudar de ti.

—Ya lo sé. —El druida esbozó una sonrisa—. Pero mejor ahorrémonos ese tipo de comentarios.

Quinn bajó la vista y observó el torques<sup>1</sup> que lucía Melvin en el cuello con motivo de la celebración de Samhain, una preciada joya de bronce heredada de sus antepasados que le protegería de los malos espíritus en las batallas. Acercó la mano y lo acarició con los dedos.

—Necesito una de tus dagas de bronce —dijo el druida.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Melvin intrigado.

—He de hacer un amuleto para Gwendal.

—¿Con mis dagas? —protestó el gran jefe—. Han pertenecido a mi familia durante generaciones.

—Esa es la razón por la que la necesito: es el metal de los guerreros.

—El metal de los guerreros... ¿Qué significa eso? —Melvin le miró de medio lado—. Da igual, no me lo expliques. Druidas... —dijo refunfuñando—. Acompáñame a mi choza.

Al entrar en el hogar se sintieron reconfortados. Melvin cerró la puerta y fue en busca de la daga. En un rincón, sobre la cama,

---

<sup>1</sup> El torques es un collar rígido, redondo, normalmente de oro, bronce o cobre, propio de los celtas, abierto en la parte anterior, con forma de herradura.

Alanna amamantaba a Brian, que usaba el pezón de su madre como recurso para conciliar el sueño. Quinn se arrodilló a su lado y besó en la frente al pequeño.

—Es un niño vigoroso —dijo la madre con orgullo—. Ya intenta ponerse de pie.

—Algún día será un guerrero grande y fuerte como su padre —aseguró el druida.

En ese momento regresó Melvin con la daga en la mano.

—Aquí tienes —dijo ofreciéndosela—. Es la más antigua y valiosa que poseo; espero que sea suficiente.

Quinn se levantó y la tomó de sus manos.

—Gracias. Es importante. —Se despidió de la pareja y caminó hacia la puerta.

—Ah, se me olvidaba —dijo Melvin—. Morgana ha visitado a Linett, está embarazada. Tendremos que designar a otra pareja de pastores para la próxima temporada.

Quinn asintió con la cabeza sin decir nada, salió y cerró la puerta con cuidado para no molestar al niño.

El encuentro con Melvin había despejado las dudas del sumo sacerdote. Gracias a él había conseguido interpretar los deseos de Lugh: Gwendal debía portar un amuleto semejante al de los guerreros que alejase de ella a los malos espíritus.

Camino de su choza, decidió ir en busca de Erwin para que se pusiera a trabajar en ello cuanto antes.

Las nubes se habían disipado y la noche era clara y agradable cuando Quinn atravesó la aldea en busca del herrero. Por el acceso sur aparecieron Kenny y Eirian, dos jóvenes guerreros con sus arcos en la mano y los carcaj vacíos de flechas al hombro. Detrás de ellos, renqueante, subía un buey cargado con un enorme jabalí que, a buen seguro, protagonizaría la comida del día siguiente. Quinn les observó con indiferencia para no perturbar sus propios pensamientos y continuó entre el gentío en busca de Erwin, que no aparecía por ninguna parte.

—Aún debe estar en su choza —murmuró. Agachó la cabeza y prosiguió en su busca con cuidado de no pisar los charcos del suelo.

El gran druida llamó a la puerta con dos sutiles toques de vara y la empujó suavemente. El anciano se encontraba allí, martilleando una azuela con esmero.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Erwin al verle—. ¿Necesitas alguna herramienta?

—No —dijo el druida muy afable—. Tan solo un poco de tu habilidad y buen hacer.

—¿De qué se trata? —preguntó el herrero intrigado.

Quinn metió la mano bajo su túnica, sacó la daga de bronce y se la entregó. Erwin, sorprendido, la observó con detenimiento.

—Indudablemente es de Melvin. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Un torques para Gwendal; los dioses estiman que ha de tener protección.

—De acuerdo, la fundiré. Pero no hay mucho metal con el que trabajar. —Dejó la daga sobre la piedra de forja y miró a su alrededor—. Añadiré un poco más. Seguro que tengo algún otro pedazo de bronce por alguna parte.

—Ha de ser suficiente con lo que te traigo, es importante —aseveró Quinn.

Bajo la atenta mirada del herrero, el druida describió cómo habría de ser la joya que protegería a su sobrina: ligera, delgada y rematada en los extremos por dos pequeñas esferas semejantes a la estela que presidía el centro religioso, símbolo del poder del sol, creador de la vida y a quien los amanos reverenciaban desde el inicio de los tiempos.

Samhain, la fiesta por excelencia en el calendario de los amanos, estaba a punto de comenzar. Esa noche, la más mágica del año, pondría fin al contrato con la Tierra que la tribu suscribía en Imbolc. Al día siguiente nadie podría recoger un solo fruto de los árboles ni un grano del suelo olvidado tras la cosecha, pues todo

cuanto no hubiese sido recolectado o cosechado ya no les pertenecería a ellos, sino a Cailleach, la vieja hada que reinaba durante giamos. Esta, oscura y sombría como los días, se apoderaría a partir de ese momento de Brígida, el hada gentil y alegre que gobernaba la estación de samos.

Pero Samhain era mucho más que una celebración por el final de la cosecha. Esa noche, las puertas del mundo de los muertos se abrirían para establecer una comunicación directa con el de los vivos. Los espíritus de los difuntos podrían viajar desde el más allá para mezclarse con la tribu haciendo patente, una vez más, que ambas realidades no distaban mucho entre sí. Por esa razón, los amanos dejaban las ventanas de sus chozas abiertas y las iluminaban con velas. También, si así lo deseaban, los espíritus podrían sentarse a cenar en su mesa, motivo por el que reservaban platos llenos de comida y asientos vacíos que nadie podía tocar ni utilizar. Esa noche, el recuerdo y el respeto a sus antepasados llenaría los corazones de todos y cada uno de ellos. La magia estaría presente por todas partes.

En el centro de la mesa, presidiendo el banquete, Quinn tomó asiento flanqueado por Arlen y Yilda. A continuación, a uno y otro lado del Consejo Druida, Melvin y Sayer ocuparon sus lugares seguidos de sus gentes. Sobre la mesa, pan, vino y cerveza de trigo acompañaban a las grandes marmitas de estofado de conejo que habían cocinado por la tarde.

El sumo sacerdote pidió silencio. Se puso en pie, alzó su cuenco de vino hacia el cielo y apuró el contenido para dar comienzo a la celebración.

Durante largo rato comieron, bebieron y rieron contando anécdotas. Después, Allen les amenizó con su arpa y les cantó sus acostumbrados poemas de antiguos héroes que todos escucharon atentamente bajo los mantos de lana que les protegían del húmedo frío de la noche.

Acabada la cena, como agradecimiento a las divinidades por la protección brindada durante samos, y como retribución

adelantada para el siguiente contrato, la tribu sacrificó el excedente de ganado que les sería difícil de alimentar durante la mitad oscura del año; unas piezas cuya sangre derramada volvía a la tierra simbolizando la energía de la vida, y cuya carne llenaría sus barrigas en la comida del día siguiente junto con el jabalí cazado por Kenny y Eirian. El resto del rebaño lo bendijeron haciéndolo pasar entre las dos hogueras.

## 9

Yilda se despertó en la penumbra de su choza. Desnuda bajo la manta, observó las últimas brasas que restaban por consumir en el fuego del hogar. El vino de la noche anterior le había inducido un sueño pesado y las consecuencias de los excesos se dejaban sentir al amanecer en forma de malestar general. En medio del estado de confusión en que se encontraba, solo era capaz de pensar en una cosa: necesitaba descansar un poco más. Cerró los ojos e intentó relajarse.

De pronto, un terrible presentimiento le provocó un escalofrío. Se sobresaltó. Miró al suelo y contempló aterrada las dos túnicas azules que estaban tiradas a los pies de la cama.

—No puede ser... —masculló dándose la vuelta; a su lado, también desnudo, Arlen dormía plácidamente con la boca abierta de par en par. —¡Despierta! —susurró dándole un meneo. Arlen se removió incómodo y abrió los ojos lentamente—. ¡Vamos, despierta!, ¡tienes que marcharte!.

—¿Qué ocurre? —preguntó desorientado.

—Anoche nos quedamos dormidos. ¡Lárgate, pronto amanecerá!

Arlen saltó de la cama. Se puso los pantalones, se calzó las botas y corrió hacia la puerta.

—¡Detente! —le espetó la druidesa. Arlen se dio la vuelta y la miró embobado—. Ponte la túnica, idiota.

El joven druida regresó sobre sus pasos, agarró la prenda y se la enfundó con torpeza. Abrió la puerta, comprobó que todos permanecían en sus chozas y se marchó sigilosamente.

Yilda resopló aliviada.

—Cómo he podido ser tan estúpida —se dijo entre dientes—. Tengo que ir con más cuidado.

Odiaba profundamente esa situación. Odiaba tener que verse a escondidas con Arlen, aunque era algo que no podía evitar por mucho empeño que pusiese; su instinto sexual le ganaba la batalla desde hacía años.

Él había reparado en ella por primera vez el día que Quinn lo admitió como pupilo. Al principio, Yilda se había sentido observada por aquel joven flaco e impetuoso a quien esquivaba la mirada constantemente en las reuniones del Consejo. Pero, con el paso del tiempo, comenzó a despertarle cierta atracción y empezó a pensar que su carácter dócil e ingenuo tenía algo de morboso. Sola en la penumbra de su choza, y con el corazón aún acelerado por la tensión, Yilda revivió intensamente los instantes iniciales de aquella extraña y furtiva relación.

Todo comenzó una calurosa mañana de solsticio de samos. Yilda había bajado al río para darse un baño en una poza escondida en la frondosidad del bosque. Como siempre, su ropa y sus botas colgaban de la rama de un árbol señalizando su presencia ante ojos curiosos. Arlen, despistado, apareció por sorpresa entre la maleza vestido con su túnica amarilla de iniciado. Portaba una cesta de mimbre repleta de hierbas. Al verla desnuda, con el agua hasta los hombros, se quedó paralizado y giró la cabeza hacia otro lado.

—Perdona —titubeó—. No me había dado cuenta de que estabas aquí.

Yilda, erotizada por el inesperado encuentro, le dedicó una sonrisa maliciosa y caminó hacia él.

—Buscaba el río para beber un poco de agua —titubeó de nuevo mientras observaba de reajo cómo ella se acercaba—. Estaba con Quinn recogiendo un poco de...

—Muérdago —dijo Yilda deteniéndose justo delante de él—. Ya veo que llevas la cesta llena.

—Exacto, muérdago.

—Dicen que es embriagador. —La druidesa acarició las hojas con los dedos.

—E... E... Eso di... dicen —tartamudeó Arlen. Yilda le hizo girar la cabeza hacia ella guiándole la barbilla con la mano.

—Te gustaría besarme, ¿me equivoco?

—Yo..., sabes que está prohibido —musitó el muchacho.

—Vamos. Nadie se enterará. Sé que te mueres de ganas de probar mis labios.

Yilda se acercó un poco más y lo besó con suavidad. Él, irremediablemente, se dejó llevar; abandonó su vergüenza por un momento y se atrevió a colocarle las manos en la cintura.

—¿Cuántas veces te has imaginado acariciando mis pechos? —le susurró en los labios—. Adelante, no seas tímido, puedes tocarlos.

Arlen dudó un instante antes de arrastrar nervioso las manos por la piel mojada de la druidesa. Con la respiración acelerada y el corazón a punto de salirse del pecho, agarró los dos firmes manjares y los estrujó con la ansiedad de la inexperiencia.

—Me gusta cómo lo haces —jadeó Yilda conteniendo la voz—. Me excita que me toques así. —Bajó la mirada y le levantó la túnica—. Y parece que a ti también te excita hacerlo. —Agarró el miembro, enhiesto y palpitante, y lo acarició por dentro del pantalón.

Arlen se estremeció al sentir el contacto de su mano. Yilda alzó la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Alguna vez has penetrado a una mujer?

—No.

—Ven —le dijo tirando de él—. Sé que deseas hacerlo conmigo, y yo me muero de ganas por sentirte dentro.

Allí mismo, a unos cuantos pasos de distancia, inmersos en la espesura del bosque, los dos aspirantes se habían complacido mutuamente por primera vez. Y tras ese encuentro llegaron más, muchos más. A partir de aquel día, Yilda tomó por costumbre saciar su apetito sexual con el joven y dotado Arlen; un juguete que manejaba a su antojo con sorprendente facilidad y que le proporcionaba placer con una intensidad hasta entonces desconocida para ella.

La mañana de Samhain nadie se levantó temprano; ese día no había nada que hacer salvo celebrar el cambio de estación. Bien pasado el amanecer, los más remolones comenzaron a salir a sus respectivos corrales para preparar la comida del banquete. Quinn, todavía somnoliento, abrió la puerta de su choza portando una cesta de mimbre en la mano y dispuesto a bajar al bosque en busca de hierbas. El olor de los animales despellejados se mezclaba con el humo de los hornos. Camino del acceso sur, se dio cuenta de que había sido de los últimos en despertar. Miró al cielo y se fijó en que el sol levantaba ya dos palmos sobre el horizonte.

—Vaya. Creo que me he dormido —murmuró apoyado en su vara—. Parece que el vino no me sienta tan bien como antaño. — Se ciñó la túnica y continuó caminando.

Al pasar por delante de la choza de Eirian se fijó en que este, acompañado de su padre, Kenneth, y de algunos guerreros más, estaba descuartizando el jabalí. Se acercó a ellos y les saludó por encima del muro.

—Es una buena pieza —comentó.

—Su sabrosa carne nos dará de comer un par de días —señaló Kenneth, que terminaba de amputar una de las patas traseras con un cuchillo.

Quinn cruzó la puerta de entrada al corral y se detuvo junto a la mesa de madera en la que tenían tumbado al animal. Extendió el brazo y puso la mano sobre la peluda cabeza.

—Te damos las gracias, Madre Tierra, por este verraco que has tenido a bien brindarnos. Guía su espíritu para que pueda regresar al bosque.

Después de darle la bendición, se despidió de los improvisados carniceros y prosiguió su camino; la mañana avanzaba rápido y eran muchas las plantas que deseaba recoger antes del banquete.

Cerca del mediodía, y a falta solo del sumo sacerdote, la tribu al completo se encontraba sentada a la mesa. El cuchicheo por su tardanza era ya generalizado y todos se preguntaban dónde demonios estaría; si algo molestaba a los amanos era una comida fría en un día de fiesta.

Sayer no paraba de entrelazar los dedos de las manos con nerviosismo. Melvin, tan inquieto o más que el carpintero, apretaba y aflojaba inconscientemente el torques que lucía en el cuello.

—Me parece muy raro. Estoy empezando a preocuparme —dijo Sayer.

—Pienso lo mismo que tú. Quinn nunca se retrasa —secundó el gran jefe.

—Quizá deberíamos salir a buscarlo.

Melvin se levantó con decisión, bebió un buen trago de cerveza en su vieja calavera y se echó una daga al cinto.

—Iré yo. Tres de mis hombres vendrán conmigo. —Se secó el bigote con la manga de la camisa e hizo una seña a sus guerreros—. No tardaremos.

En ese momento, Quinn apareció por la puerta sur con la cesta de mimbre vacía. Al verlo, los dos jefes resoplaron aliviados y Melvin abrió por fin el barril de vino.

Con aparente normalidad, el druida cruzó el poblado y caminó hasta la mesa. Hizo un gesto sucinto con la mano para inaugurar el banquete y todos llenaron sus cuencos, jarras y calaveras de vino

y cerveza. Luego miró a los dos jefes de soslayo y habló en voz baja.

—Acercaos.

Se alejó del bullicio y Melvin y Sayer lo siguieron.

—Cuando bajé esta mañana por el sendero vi cuervos volando bajo con extraños movimientos —dijo Quinn torciendo el gesto—. Tuve un mal presentimiento y decidí ir directamente al templo del bosque para intentar aclarar mis ideas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sayer alarmado.

—Un grave peligro se cierne sobre nuestra comunidad.